

RETRATO DEL COLONIZADO

precedido por el
RETRATO DEL COLONIZADOR

ALBERT MEMMI

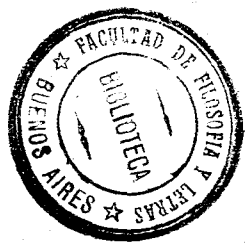
Prólogo:
JEAN-PAUL SARTRE



EDICIONES DE LA FLOR

Título del original: *Portrait du colonisé*

© J. J. Pauvert Editeur, París, 1966.



Traducción: J. DAVIS

Tapa: ROBERTO ALVARADO

38955

© 1969

EDICIONES DE LA FLOR S. R. L.

Callao 449, 9º - Buenos Aires

Hecho el depósito que previene la ley

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Not

E
la é
la
los
clu
des
pñ
dei
pa
esi
pu
Bi
en
de
A
di
di
n
P
a
d
r
c

segado, benevolente e inclusive benefactor. El colonizado no podría sino estarle *agradecido* por recoger sus migajas.

Aquí se inscribe la sorprendente actitud mental llamada *paternalismo*. El paternalista es el que quiere ser generoso más allá del racismo y la desigualdad, una vez admitidos éstos. Se trata, si se quiere, de un racismo caritativo que no es el menos hábil ni el menos rentable. Porque el paternalista más abierto monta en cólera en cuanto el colonizado *reclama*, por ejemplo sus derechos sindicales. Si aumenta su paga, si su mujer cuida al colonizado, se trata de donaciones, no de deberes. Si reconociera tener deberes, debería admitir que el colonizado tiene derechos. Ahora bien, se entiende, por todo lo que antecede, que él no tiene deberes, que el colonizado no tiene derechos.

Tras haber instaurado este nuevo orden moral en el que, por definición, es amo e inocente, el colonialista por fin se habrá concedido la absolución. Pero es preciso aún que ese orden no sea puesto nuevamente en cuestión por los demás, especialmente por el colonizado.

Retrato del colonizado

I

RETRATO MÍTICO DEL COLONIZADO

Nacimiento del mito

Exactamente del mismo modo en que la burguesía propone una imagen del proletario, la existencia del colonizador reclama e impone una imagen del colonizado. Sin esas coartadas las conductas del colonizador y del burgués, sus proclamas existencias, parecerían escandalosas. Pero alentamos la mistificación precisamente porque les sienta demasiado.

Sea, en este retrato-acusación, el rasgo de la pereza. Parece recoger la unanimidad de los conquistadores, desde Liberia hasta Laos, pasando por el Magreb. Es sencillo ver hasta qué punto esta caracterización es *cómoda*. Ocupa un lugar importante en el juego dialéctico "dignificación del colonizador — depreciación del colonizado". Por lo demás, *es fructuosa desde el punto de vista económico*.

Nada podría legitimar mejor el privilegio del colonizador que su trabajo; nada podría justificar mejor la miseria del colonizado que su ociosidad. En consecuencia, el retrato mítico del colonizado comprenderá una pereza increíble. El del colonizador una virtuosa devoción por la acción. Simultáneamente, el colonizador sugiere que el trabajo del colonizado es poco rentable, lo que autoriza a pagarle salarios inversos.

Puede parecer que la colonización hubiera alcanzado a disponer de un personal consumado. Nada menos cierto. El obrero calificado, que existe entre los simil-colonizadores

reclama una paga tres o cuatro veces superior a la del colonizado; ahora bien: no produce tres o cuatro veces más, ni en cantidad ni en calidad. *Es más económico emplear tres colonizados que un europeo.* Es cierto que toda empresa requiere especialistas, pero se trata de un minimum, que el colonizador importa o recluta entre los suyos. Sin contar los miramientos y la protección legal justamente exigidos por el trabajador europeo. Al colonizado no se le piden sino sus brazos y no es sino eso: por lo demás, sus brazos se cotizan tan mal que es posible alquilar tres o cuatro pares por el precio de uno.

Por lo demás, escuchándolo, se descubre que el colonizador no está tan indignado por esta pereza real o supuesta. Habla de ella con una divertida complacencia, bromea a su respecto; retoma todas las expresiones habituales y las perfecciona, inventa otras. Nada es suficiente para caracterizar la extraordinaria deficiencia del colonizado. Se torna lírico, pero de un lirismo negativo: el colonizado *no tiene un pelo en la mano* sino una caña, un árbol, ¡y qué árbol!, un eucalipto, un pino, ¡un roble centenario de América! ¿un árbol? no, ¡una selva!, etc.

Pero, se insistirá, ¿es verdaderamente perezoso el colonizado? Para decir verdad, la pregunta está mal planteada. Además de que haría falta definir un ideal de referencia, una norma, variable de pueblo a pueblo, ¿puede acusarse de pereza a todo un pueblo? Puede sospechárselo de individuos, incluso de individuos numerosos dentro de un mismo grupo; preguntarse si su rendimiento no es mediocre, si la subalimentación, los salarios bajos, el porvenir bloqueado, un significativo irrisorio de su rol social no quitan al colonizado todo interés por su tarea. Lo sospechoso es que la acusación no se dirige sólo a la mano de obra agrícola o al habitante

* *Tener un pelo en la mano*: expresión idiomática francesa que significa ser muy holgazán. (N. del T.)

de las villas miseria, sino también al profesor, al ingeniero o al médico que suministran la misma cantidad de horas de trabajo que sus colegas colonizadores; o sea que se dirige, finalmente, a todos los individuos del grupo colonizado. Lo sospechoso es la *unanimidad* de la acusación y la *globalidad* de su objeto; de manera que ningún colonizado se salva de ella ni podría salvarse nunca. Es decir: *la independencia de la acusación de toda condición sociológica o histórica.*

De hecho, no se trata en absoluto de una connotación objetiva, en consecuencia diferenciada, en consecuencia susceptible de probables transformaciones, sino de una *institución*: por medio de su acusación, el colonizador instituye al colonizado como ser perezoso. Decide que la pereza es *constitutiva* de la esencia del colonizado. Una vez establecido esto, se torna evidente que el colonizado no sería nunca otra cosa que perezoso cualquiera fuese la función que asumiere o el celo que desplegaré en su cumplimiento. Volvemos aquí siempre al racismo, que es en buena medida una sustantificación, en beneficio del acusador, de un rasgo real o imaginario del acusado.

Es posible retomar idéntico análisis a propósito de cada uno de los rasgos adjudicados al colonizado.

Cuando el colonizador afirma en su lenguaje que el colonizado es un débil, sugiere por allí que esta deficiencia reclama la protección. De donde surge, fuera de broma—yo lo he oído a menudo—la noción de protectorado. Es en el propio interés del colonizado que se lo excluye de las funciones de dirección reservándose al colonizador esas pesadas responsabilidades. Cuando el colonizador agrega, para no entregarse a la soltitud, que el colonizado es un ignorante parverso, de malos instintos, ladrón y un poco sádico, legítima al mismo tiempo su policía y su justa severidad. Es muy necesario defenderse de las peligrosas tonterías de un irresponsable. Y también—meritoria preocupación—defenderlo de sí mismo! Del mismo modo con respecto a la falta de

necesidades del colonizado, su ineptitud para el confort, para la técnica, para el progreso, su sorprendente familiaridad con la miseria: ¿por qué habría de preocuparse el colonizador de lo que no inquieta para nada al interesado? Sería hacerle un flaco favor, agrega con filosofía audaz y sombría, obligarlo a las servidumbres de la civilización. ¡Vamos! Recordemos que la sabiduría es oriental, aceptamos, como él lo hace, la miseria del colonizado. Del mismo modo aún, con respecto a la mentada ingratitud del colonizado, sobre la cual han insistido autores a los que se llama serios: recuerda al mismo tiempo todo lo que el colonizado debe al colonizador, que todas esas buenas acciones están perdidas y que es inútil pretender enmendar al colonizado.

Es notable que este cuadro no necesite de nada más. Por ejemplo, es difícil hacer concordar entre sí a la mayor parte de estos rasgos, proceder a su *síntesis objetiva*. No se ve por qué el colonizado sería al mismo tiempo inferior y malvado, perezoso e ignorante. Podría haber sido inferior y bueno, como el buen salvaje del siglo XVIII, o pueril y duro para el trabajo, o perezoso y astuto. Más aún: los rasgos adjudicados al colonizado se excluyen entre sí, sin que eso perturbe a su fiscal. Se lo pinta al mismo tiempo frugal, sobrio, sin amplias necesidades y engullendo repugnantes cantidades de carne, grasa, alcohol o cualquier otra cosa; como un cobarde que teme sufrir y como un bruto al que no detienen ninguna de las inhibiciones de la civilización, etc. Prueba suplementaria de que es inútil buscar esta coherencia fuera del colonizador mismo. En la base de toda la construcción finalmente, se encuentra una dinámica única: la de las exigencias económicas y afectivas del colonizador, que reemplaza para él a la lógica, impone y explica cada uno de los rasgos que adjudica al colonizado. En definitiva, todos son *ventajosos* para el colonizador, incluso aquellos que, a primera vista, le serían perjudiciales.

dehumanización

Es que en verdad, al colonizador le importa poco el colono. Lejos de querer aprehender al colonizado en su realidad, su preocupación es hacerle sufrir esta indispensable transformación. Y el mecanismo de esa remodelación del colonizado es esclarecedor por sí mismo.

En primer lugar consiste en una serie de negaciones. El colonizado *no* es esto, *no* es aquello. Nunca es considerado positivamente; o si lo es, la cualidad que se le concede deriva de una *carencia* psicológica o ética. Así sucede con la hospitalidad árabe, que difícilmente puede pasar por ser un rasgo negativo. Si se presta atención a ello, se descubre que el elogio es formulado por los turistas, por europeos de paso, pero no por los colonizadores, es decir, los europeos instalados en la colonia. En cuanto se establece en el lugar, el europeo no aprovecha más de esta hospitalidad, detiene los intercambios, contribuye a la erección de barreras. Muy pronto cambia de paleta para pintar al colonizado, que se convierte en celoso, encerrado en sí mismo, exclusivista, fanático. ¿En qué se convierte la mentada hospitalidad? Ya que no puede negar su existencia, el colonizador hace resaltar sus sombras y las consecuencias desastrosas que puede tener.

Proviene de la irresponsabilidad y de la prodigalidad del colonizado, que carece del sentido de la previsión, de la economía. Desde el notable hasta el *fellah* las fiestas son bellas y generosas, en efecto, pero ¡veamos en qué terminan! El colonizado se arruina, toma dinero prestado y finalmente paga con el dinero de los otros. ¿Se habla, por el contrario, de la modestia de la vida del colonizado? ¿De su no menos mentada falta de necesidades? Esto no prueba en mayor medida su sabiduría, sino su estupidez. Es como si, por fin, todo rasgo reconocido o inventado *debiera* ser indicador de una negatividad.

De este modo se reducen a polvo, una tras otra, todas las cualidades que hacen del colonizado un hombre. Y la humanidad del colonizado, negada por el colonizador, se torna efectivamente opaca para éste. Es inútil, pretende, intentar *prever* las conductas del colonizado («¡Son imprevisibles!»... «¡Con ellos nunca se sabe!»). Una impulsividad extraña e inquietante, parece dirigir al colonizado. En realidad debe ser bastante raro el colonizado para seguir siendo tan misterioso después de tantos años de cohabitación... o es preciso pensar que el colonizador tiene poderosas razones para aferrarse a esta ilegibilidad.

Otra señal de esta despersonalización del colonizado: lo que se podría denominar *la marca del plural*. Nunca se caracteriza al colonizado de un modo diferencial; no tiene derecho sino a la sumersión dentro del colectivo anónimo. («Ellos son así... ellos son todos iguales») Si la sirvienta colonizada deja de venir una mañana, el colonizador no dirá que *ella* está enferma, o que *ella* lo engaña o que *ella* intenta no respetar un contrato abusivo. (Siete días por semana; las sirvientas colonizadas gozan raramente del descanso hebdomadario que se acuerda a las demás.) Afirmará que «no se puede contar con *ellos*». Y esto no es una cláusula de estilo. El se niega a encarar los acontecimientos personales, particulares de la vida de su sirvienta; esta vida en su especificidad no le interesa, su sirvienta no existe como *individuo*.

Finalmente, el colonizador niega al colonizado el derecho más precioso reconocido a la mayoría de los hombres: la *libertad*. Las condiciones de vida que la colonización impone al colonizado no la tienen en absoluto en cuenta; inclusive no la suponen. El colonizado no dispone de salida alguna para abandonar su estado de desgracia: ni salida jurídica (la naturalización), ni salida mística (la conversión religiosa). El colonizado no es libre para elegirse colonizado o no colonizado.

¿Qué puede quedarle al término de este obstinado esfuerzo

de desnaturalización? Seguramente no es más un *aher ego* del colonizador. Es apenas, aún, un ser humano. Pero tiene rápidamente hacia el objeto. Ambición suprema del colonizador en su límite, debería no existir más que en función de las necesidades del colonizador, es decir, hallarse transformado en colonizado puro.

Puede verse la extraordinaria eficacia de esta operación. ¿Qué clase de deber serio puede tenerse hacia un animal o una cosa, aquello a lo que el colonizado se va pareciendo cada vez más? Se comprende entonces que el colonizador permita actitudes y juicios tan escandalosos. Un colonizado conduciendo un automóvil es un espectáculo al que el colonizador se rehúsa a habituarse; le niega toda normalidad, como si fuera una pantomima simiesca. Un accidente, aunque fuera grave, que afecta al colonizado, hace reír casi. El metralamiento de una multitud de colonizados, hace que no encoja de hombros. Por otra parte, una madre indígena que llora la muerte de su hijo, una esposa indígena que llora a su marido, no le recuerdan sino vagamente el dolor de una madre o de una esposa. Si llegara a nacer su compasión esos ritos desordenados, esos gestos insólitos, bastarían para reenfriarla. Últimamente un autor nos contaba con gracia cómo se arreaba hacia grandes jaulas, como se hace en las cárceles, a los indígenas sublevados. El hecho de que se haya imaginado primero y luego osado construir esas jaulas, y quizá más todavía, el que se haya permitido a los reporteros fotografiar las capturas, prueba en buena medida que, en el espíritu de sus organizadores, el espectáculo no tenía ya nada de humano.

La mistificación

No sorprende que este delirio de destrucción del colonizado, nacido de las exigencias del colonizador, les responda tan

precisamente, que parezca confirmar y justificar la conducta del colonizador. Más notable, quizá más nocivo, es el eco que suscita en el propio colonizado. ¿Cómo habría de reaccionar éste, confrontado constantemente con esta imagen de sí mismo, propuesta, impuesta tanto en las instituciones cuanto en todo contacto humano? Esa imagen no puede dejarlo indiferente como si estuviera como enchapado con ella desde el exterior, como si fuera un insulto que vuela con el viento. Termina por reconocerla, como si fuera un apodo aborrecido pero convertido en signo familiar. La acusación lo perturba, lo inquieta, tanto más cuanto que admira y teme a su poderoso acusador. ¿No tendrá éste un poco de razón? murmurá. ¿No seremos a pesar de todo nosotros un poco culpables? ¿Perezosos, dado que tenemos tantos desocupados? ¿Timoratos, dado que nos dejamos oprimir? Ese retrato mítico y degradante, querido y difundido por el colonizador, termina por ser aceptado y vivido en cierta medida por el colonizado. Adquiere de este modo cierta realidad y contribuye al terreno real del colonizado.

Ese mecanismo no es desconocido: se trata de una mistificación. Es sabido que la ideología de una clase dirigente se hace adoptar en gran medida por las clases dirigidas. Pues bien: toda ideología de combate comprende, como parte integrante de sí misma, una concepción del adversario. Con sintiendo esta ideología, las clases dominadas confirman en cierto modo, el papel que se les ha asignado. Lo que explica, entre otras cosas, la relativa estabilidad de las sociedades; en ellas la opresión es tolerada, de buen o mal grado, por los propios oprimidos. En la relación colonial, la dominación se ejerce de pueblo a pueblo, pero el esquema sigue siendo el mismo. La caracterización y el papel del colonizado ocurren en un lugar preponderante en la ideología colonizadora; caracterización infiel a la realidad, incoherente en sí misma, pero necesaria y coherente en el interior de esta ideología. Y

la cual el colonizado presta su asentimiento, perturbado, parcial, pero innegable.

He aquí la única parcela de verdad que contienen estas nociones a la moda: complejo de dependencia, colonizabilidad, etcétera... Con toda seguridad existe —en un punto de su evolución— cierta adhesión del colonizado a la colonización. Pero esta adhesión es resultado de la colonización, y no su causa; nace después y no antes de la ocupación colonial. Para que el colonizador sea totalmente el amo, no basta con que lo sea objetivamente; es preciso además que crea en su legitimidad. Y para que esta legitimidad sea completa, no basta con que el colonizado sea objetivamente esclavo; es preciso que se acepte esclavo. En resumen, el colonizador debe ser reconocido por el colonizado. El vínculo entre colonizador y colonizado es, de este modo, destructor y creador. Destruye a los dos actores de la colonización y los recrea en colonizador y colonizado: uno de ellos se desfigura en opresor, ser parcial, incivil, tramposo, preocupado sólo por sus privilegios y su defensa a cualquier precio; el otro en oprimido, quebrado en su desarrollo, transigente frente a su aplastamiento.

Del mismo modo en que el colonizador intenta aceptarse como colonizador, el colonizado se halla obligado a aceptarse como colonizado para sobrevivir.

SITUACIÓN DEL COLONIZADO

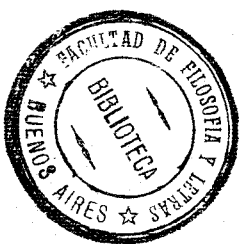
Hubiera sido demasiado hermoso que ese retrato mítico se mantuviera como un puro fantasma, una mirada lanzada sobre el colonizado sin otro efecto que calmar la conciencia del colonizador. Pero compelido por las mismas exigencias que lo suscitaron, no puede dejar de traducirse en conductas efectivas, en comportamientos actuantes y constituyentes.

Desde que *se presume* que el colonizado es ladrón, es preciso cuidarse *efectivamente* de él. Siendo sospechoso por definición, ¿por qué no habría de ser culpable? Han robado alguna ropa blanca (incidente frecuente en esos países de sol, donde la ropa lavada se seca al viento y provoca a los que están desnudos). ¿Quién será culpable sino el primer colonizado detectado en la zona? Y dado que *quizá* sea él, se va hasta su casa y se lo conduce al destacamento de la policía.

«¡Linda injusticia!» —replica el colonizador—. «Una de cada dos veces se acierta. Y, de todos modos, el ladrón es un colonizado; si no se lo encuentra en la primera choza, está en la segunda.»

Lo cual es exacto: el ladrón (quiero decir el ladronzuelo), se recluta efectivamente entre los pobres, y los pobres entre los colonizados. Pero, ¿debe concluirse acaso de esto que todo colonizado sea un ladrón y deba ser tratado como tal?

Conductas como ésta, comunes al conjunto de los colonizadores y que se dirigen al conjunto de los colonizados, en consecuencia, van a expresarse en instituciones. Dicho de otro modo, definen e imponen situaciones objetivas que cercan al colonizado y pesan sobre él hasta el punto de desviar su conducta y grabar arrugas en su rostro. Globalmente, esas



situaciones serán *situaciones de carencia*. A la agresión ideológica que tiende a deshumanizarlo primero y a mistificarlo luego, corresponden, en resumidas cuentas, situaciones concretas que apuntan al mismo resultado. Estar justificado es ya, poco o mucho, avalar el mito y conformar a él la propia conducta, es decir, proceder de acuerdo al mismo. Y sucede que aquel mito, además, está sólidamente apoyado sobre una organización bien real, una administración estatal y una jurisdicción, y lo alimentan y renuevan las exigencias históricas, económicas y culturales del colonizador. Aunque el colonizado fuera insensible a la calumnia y al desprecio, aun que se encogiera de hombros ante el insulto o el atropello, ¿cómo habría de escapar a los salarios bajos, a la agonía de su cultura, a la ley que lo rige desde su nacimiento hasta su muerte?

Del mismo modo en que no puede escapar a la mistificación colonizadora, no sabría sustraerse a esas situaciones concretas, generadoras de carencias. En cierta medida, el trato real del colonizado es función de esta conjunción. Invirtiendo una fórmula precedente, podemos decir que la colonización fabrica colonizados así como hemos visto que fabrica colonizadores.

El colonizado y la historia...

La carencia más grave que experimenta el colonizado la constituye el hallarse situado *fuera de la historia y fuera de la ciudad*. La colonización le suprime toda participación libre así en la guerra como en la paz, toda decisión que contribuya al destino del mundo y al propio, toda *responsabilidad histórica y social*.

Ciertamente suele suceder que los ciudadanos de los países libres, sumidos en el abatimiento, se digan que no son nada en los asuntos de la nación, que su acción es irrisoria,

que sus voces no se escuchan, que las elecciones son fraudulentas. La prensa y la radio están en manos de unos pocos, no pueden impedir la guerra ni exigir la paz, ni siquiera obtener de sus elegidos que respeten, una vez electos, aquello por lo que se los envió al Parlamento... Pero en segunda instancia conocen que tienen el *derecho* de hacerlo; el poder potencial si no efectivo: que son engañados o están cansados, pero no son esclavos. Son hombres libres momentáneamente vencidos por la astucia o aturridos por la demagogia. Y a veces, excedidos, montan en súbitas cóleras, quiebran sus cadenas de piolín y trastrucean los pequeños cálculos de los políticos. La memoria popular conserva un orgulloso recuerdo de esas justas tempestades periódicas. Bien pensado, más bien se acusarían de no rebelarse más a menudo; después de todo, son responsables de su propia libertad y si por fatiga o debilidad, o escepticismo dejan de utilizarla, merecen su castigo.

El colonizado en cambio, no se siente ni responsable, ni culpable, ni escéptico: está fuera de juego. De algún modo no es más sujeto de la historia; seguramente soporta su peso, a menudo más cruelmente que los demás, pero siempre como objeto. Ha terminado por perder la costumbre de toda participación activa en la historia y ya ni siquiera la reclama. Por poco que dure la colonización, pierde hasta el recuerdo de su libertad; olvida lo que cuesta o ya no se atreve a pagar su precio. Si así no fuera, ¿cómo explicar que una guarnición de algunos hombres pueda mantenerse en un puesto de montaña? ¿O que un puñado de colonizadores, a menudo arrogantes, pueda vivir en medio de una muchedumbre de colonizados? Hasta los propios colonizadores se asombran de esto y de allí deriva que acusen al colonizado de cobardía. En realidad, la acusación es demasiado ufana: saben perfectamente que si se vieran amenazados su soledad se quebraría rápidamente: todos los recursos de la técnica, teléfonos, telegramas, aviones, pondrían a su disposición, en pocos minutos, medios increíbles de defensa y destrucción. Por cada

colonizador muerto, centenares, millares de colonizados han sido o serán exterminados. La experiencia ha sido demasiado a menudo renovada—quizás provocada—como para vencer al colonizado de la inevitable y terrible sanción. Todo ha sido puesto en acción para borrar en él el coraje de morir y de afrontar la visión de la sangre.

Resulta tanto más claro que, si se trata en buena medida de una carencia nacida de una situación y de la voluntad del colonizador, no se trata sino de eso. Y no de una suerte de impotencia congénita para asumir la historia. Esto ya lo prueba la misma dificultad del condicionamiento negativa, la obstinada severidad de las leyes. Mientras los pequeños arsenales del colonizador gozaban de una indulgencia plenaria, el descubrimiento de un arma oxidada en poder de colonizado comporta un castigo inmediato. La famosa *fantasia** no es sino un número de animal doméstico al que se le pide que rija como otrora para dar escalofríos a los invitados. Pero el animal rugie muy bien; y la nostalgia de las armas está siempre allí, integra todas las ceremonias, del Norte al Sur del África. La carencia guerrera parece proporcional a la importancia de la presencia colonizadora; las tribus más aisladas son las que se mantienen más dispuestas a servirse de sus armas. Esto no es una prueba de *sabotaje*, sino de que el condicionamiento no se halla suficientemente alimentado.

Es por esto, igualmente, que la experiencia de la última guerra fue tan decisiva. No sólo, como se dijo, porque haya enseñado imprudentemente a los colonizados la técnica de la guerrilla. Sino porque les recordó, les sugirió, la posibilidad de una conducta agresiva y libre. Los gobiernos europeos que, después de esta guerra, prohibieron la proyección en las salas coloniales de películas como *La batalla del riel*, no estuvieron equivocados desde su punto de vista. Los *westerns* americanos, las películas de *gangsters*, los cortos

* *Fantasia*: ejercicio ecuestre árabe. (N. del T.)

de propaganda de guerra, ya mostraban—y esto se les ob-
jetó—la forma de utilizar un revólver o una metralleta. El
argumento no basta. El significado de las películas de re-
sistencia es completamente diferente: los oprimidos, apenas
armados o totalmente desarmados, se atrevían a atacar a sus
opresores.

Un poco más tarde, cuando estallaron las primeras re-
vuelas en las colonias, los que no comprendieron su sentido
se tranquilizaron al contar el número de combatientes acti-
vos, al ironizar sobre su insignificancia. En efecto, el coloni-
zado duda antes de retomar en sus manos su destino. ¡Pero el
sentido del acontecimiento sobrepasaba en tal medida su
peso aritmético! ¡Algunos colonizados ya no temblaban fren-
te al uniforme del colonizador! Se han hecho chistes acerca
de la insistencia de los rebeldes en vestirse de color caqui y
de manera homogénea. Seguramente esperan ser tratados co-
mo soldados. Pero hay algo más en esta obstinación: ellos
reivindican la librea de la historia, se visten con ella; por-
que hoy en día—lamentablemente, sea—la historia está
vestida de militar!

... El colonizado y la ciudad

Lo mismo sucede con los asuntos de la ciudad: “No son
capaces de gobernarse solos”, dice el colonizador. “Es por
eso, explica, que no les permito... Y no les permitiré nunca
jamás acceder al gobierno.”

El hecho es que el colonizado no gobierna. Que hallándose
estrictamente alejado del poder, termina en efecto por perder
la costumbre y el gusto por él. ¿Cómo habría de interesarse
en algo de lo que se halla tan decididamente excluido? Los
colonizados no son ricos en hombres de gobierno. ¿Cómo
habría de suscitar competencias una ausencia tan larga del

poder autónomo? ¿Puede prevalecer el colonizado de este presente falsificando para obstruir el porvenir?

A causa de que las organizaciones coloniales tienen reivindicaciones nacionalistas, se concluye a menudo que el colonizado es chauvinista. Nada menos cierto. Por el contrario, se trata de una ambición y de una técnica de reunión que apela a motivos pasionales. Excepción hecha de los militantes de este renacimiento nacional, los signos habituales del chauvinismo —amor agresivo a la bandera, utilización de canciones patrióticas, conciencia aguda de pertenecer a un mismo organismo nacional— son raros en el colonizado. Se repite que la colonización ha precipitado la toma de conciencia nacional del colonizado. Podría afirmarse igualmente que ha moderado su ritmo, al mantener al colonizado fuera de las condiciones objetivas de la nacionalidad contemporánea. ¿Es acaso una coincidencia que los pueblos colonizados sean los últimos en nacer a esta conciencia de sí mismos?

El colonizado no goza de ninguno de los atributos de la nacionalidad; ni de la propia, que es dependiente, discutida, reprimida, ni, seguramente, de la del colonizador. No puede en absoluto estar unido a la una ni reivindicar la otra. Al carecer de su ubicación justa en la ciudad, al no gozar de los derechos del ciudadano moderno, al no hallarse sometido a sus deberes habituales, al no votar, ni soportar el peso de los asuntos comunes, no puede sentirse un verdadero ciudadano. A consecuencia de la colonización, el colonizado no hace casi nunca la experiencia de la nacionalidad y de la ciudadanía sino en forma *privativa: Nacional y cívicamente, no es sino aquello que el colonizador no es.*

El niño colonizado

Esta mutilación social e histórica es probablemente la más grave y la más preñada de consecuencias. Contribuye a ge-

nerar las carencias que presentan los otros aspectos de la vida del colonizado, y, por un efecto de retorno, frecuente en los procesos humanos, se ve alimentada por las demás debilidades del colonizado.

Al no considerarse ciudadano, el colonizado pierde igualmente la esperanza de ver a su hijo convertido en tal. Muy pronto, renunciando a ello él mismo, no hace más proyectos al respecto, lo elimina de sus ambiciones paternales y no le deja ningún lugar en su pedagogía. En consecuencia, nada sugerirá al joven colonizado la confianza y el orgullo de su ciudadanía. No esperará de ella ventajas, ni estará preparado para asumir sus cargas. (Con seguridad menos le sugerirá su educación escolar, donde las alusiones a la ciudad, a la nación, etc., se darán siempre con referencia a la nación colonizadora.) Este hueco pedagógico, resultado de la carencia social, viene entonces a perpetuar esta misma carencia, que llega a ser una de las dimensiones esenciales del individuo colonizado.

Más tarde, adolescente, apenas entrevé la salida a una situación familiar desastrosa: la rebelión. El círculo está bien cerrado. La rebelión contra el padre y la familia es un acto sano e indispensable a su propio acabado; le permite comenzar la vida de hombre; nueva batalla feliz y desgastada, pero en medio de los demás hombres. El conflicto intergeneracional puede y debe resolverse en el conflicto social; inversamente, es de este modo factor de movimiento y progreso. Las jóvenes generaciones encuentran en el movimiento colectivo la solución de sus dificultades, y al elegir el movimiento, lo aceleran. Pero aún es preciso que ese movimiento sea posible. Pues, ¿sobre qué vida, sobre qué dinámica social se desemboca aquí? La vida de la colonia está coagulada; sus estructuras están encorsetadas y esclerosadas al mismo tiempo. Ningún nuevo rol se le ofrece al hombre joven, ni es posible ninguna invención. Es lo que el colonizador reconoce con un eufemismo que se ha vuelto clásico: proclama

respetar los usos y costumbres del colonizado. Y ciertamente no puede sino *respetarlos*, aunque fuere a la fuerza. Siendo que *todo cambio no puede hacerse sino contra la colonización*, el colonizador es llevado a favorecer a los elementos más retrógrados. No es él el único responsable de esta momificación de la sociedad colonizada; es con relativa buena fe que sostiene que ella es independiente de su sola *voluntad*. Sin embargo, se deriva ampliamente de la *situación colonial*. Al no ser dueña de su destino, al no ser ya su propia legisladora, al no disponer de su organización, la sociedad colonizada ya no puede acordar sus instituciones a sus necesidades profundas. Pues son sus necesidades las que modelan el rostro institucional de toda sociedad normal, por lo menos relativamente. El rostro político y administrativo de Francia se ha transformado progresivamente a lo largo de los siglos bajo su presión constante. Pero si la discordancia se torna demasiado flagrante, e imposible de realizar la armonía con las formas legales existentes, se produce la revolución o la *esclerosis*.

La sociedad colonizada es una sociedad malsana donde la dinámica interna no llega a desembocar en estructuras nuevas. Su rostro endurecido desde hace siglos no es más que una máscara, bajo la cual se ahoga y agoniza lentamente. Una sociedad tal, no puede resolver los conflictos intergeneracionales, pues no se deja transformar. La rebelión del adolescente colonizado, lejos de resolverse en movimiento, en progreso social, no puede sino hundirse en los pantanos de la sociedad colonizada. (*A menos de que se trate de una rebelión absoluta, pero luego volveremos sobre este punto*).

Los valores-refugio

Tarde o temprano, se vuelve en consecuencia a posiciones de repliegue, es decir, a los valores tradicionales.

De este modo se explica la sorprendente supervivencia de la familia colonizada, que se ofrece como verdadero *valor-refugio*. Salva al colonizado de la desesperación de una derrota total, pero en cambio, se encuentra confirmada por ese constante aporte de sangre nueva. El joven se casará, se transformará en padre de familia devoto, en hermano solidario, en tío responsable, y, hasta que tome el lugar del padre, en hijo respetuoso. Todo está nuevamente en orden: la rebelión y el conflicto han conducido a la victoria de los padres y de la tradición.

Pero es una triste victoria. La sociedad colonizada no se habrá movido ni medio paso; para el hombre joven es una catástrofe interior. Definitivamente permanecerá aglutinado a esta familia, que le ofrece calor y ternura, pero que lo inculca, lo absorbe y lo castra. ¿La ciudad no le exige deberes completos de ciudadano? ¿Se los negaría si siquiera soñara con reclamarlos? ¿Le concede pocos derechos, le prohíbe toda vida nacional? En realidad, ya no necesita imperiosamente todo eso. Su ubicación justa, siempre reservada en la dulce insipidez de las reuniones de clan, lo colma. Temería salir de allí. Ahora de buen grado, se somete como los demás a la autoridad del padre y se prepara para reemplazarlo. El modelo es débil, su universo es el de un vencido. Pero, ¿qué otra salida le queda? ... Por una curiosa paradoja, el padre es a la vez débil e invasor, a causa de hallarse completamente adoptado. El hombre joven está ya listo para *iniciar su rol de adulto colonizado: es decir, para aceptarse como ser de opresión.*

Lo mismo sucede con el indiscuido arrastre de una religión al mismo tiempo vivaz y formal. Complacientemente, los misioneros presentan este formalismo como rasgo esencial de las religiones no cristianas, sugiriendo de este modo que la única manera de desprenderse de él sería pasarse a la religión de al lado.

De hecho, todas las religiones tienen momentos de forma-

lismo coercitivo y momentos de indulgente flexibilidad. Que-
da por explicar por qué, tal grupo humano, en tal período
de su historia, experimenta uno u otro estado. ¿Por qué esta
rigidez profunda de las religiones coloniales?

Sería inútil echar los cimientos de una psicología religiosa
particular al colonizado; o recurrir a la famosa naturaleza-
que-todo-lo-explica. Si bien acuerdan cierta atención al he-
cho religioso, no he notado en mis alumnos coloniales una
religiosidad superabundante. La explicación me parece ser
paralela a la del arrastre familiar. No se trata de una psi-
cología original que explique la importancia de la familia,
ni de que la intensidad de la vida familiar explique el estado
de las estructuras sociales. Se trata, por el contrario, de que
la imposibilidad de una vida social completa, de un libre
juego de la dinámica social, mantienen el vigor de la fami-
lia, y repliegan al individuo a esta célula más restringida,
que lo salva y lo asfixia. Del mismo modo, el estado global
de las instituciones colonizadas, da cuenta del peso abusivo
del hecho religioso.

Con su red institucional, sus fiestas colectivas y periódicas,
la religión constituye otro *valor-refugio*; tanto para el indi-
viduo cuanto para el grupo. Para el individuo se ofrece como
una de las raras líneas de repliegue; para el grupo es una
de las raras manifestaciones que pueden proteger su exis-
tencia original. Al carecer la sociedad colonizada de estruc-
turas nacionales, al no poder imaginarse un futuro histórico,
debe contentarse con el entorpecimiento pasivo de su pre-
sente. Ese mismo presente, debe sustraerlo a la invasión
conquistadora de la colonización, que la cerra por todas
partes, la penetra con su técnica, con su prestigio frente a las
jóvenes generaciones. El formalismo, del cual el formalismo
religioso es sólo un aspecto, es el quiste dentro del cual se
encierra y se endurece, reduciendo su vida por salvarla.
Reacción espontánea de autodefensa, medio de salvaguarda
de la conciencia colectiva, sin la cual un pueblo deja de exis-

tir rápidamente. En medio de las condiciones de dependencia
colonial, la emancipación religiosa, así como la explosión
de la familia, hubiera comportado un grave riesgo de muerte
para la sociedad colonizada.

Su esclerosis es consecuencia, entonces, de dos procesos de
signo contrario: *un enquistamiento nacido de su interior y
un corset impuesto desde el exterior*. Los dos fenómenos tie-
nen un factor común: su contacto con la colonización. Con-
vergen también a un resultado común: la catalepsia social e
histórica del colonizado.

La amnesia cultural

En tanto sufre la colonización, la única alternativa posi-
ble para el colonizado es la asimilación o la petrificación.
Estandole negada la asimilación como lo veremos, no le queda
sino *vivir fuera del tiempo*. La colonización lo construye a
ello y en cierta medida, el colonizado se adapta. Viéndose
privado de proyectar y construir un futuro, se limita a un
presente, y ese presente mismo es abstracto y está mutilado.
Agreguemos ahora que dispone cada vez menos de su
pasado. El colonizador ni siquiera ha conocido ese pasado;
y todo el mundo sabe que el plebeyo, cuyos orígenes se ig-
noran, carece de él. Y hay algo más grave. Preguntemos al
mismo colonizado cuáles son sus héroes populares, sus gran-
des líderes, sus sabios. Apenas podrá soltar algunos nom-
bres, en completo desorden, y cada vez menos a medida que
se descende en las generaciones. *El colonizado parece con-
denado a perder progresivamente la memoria.*

El recuerdo no es un fenómeno de puro espíritu. Del mis-
mo modo que la memoria del individuo es el fruto de su
historia y su fisiología, la de un pueblo descansa en sus ins-
tituciones. Ahora bien: las instituciones del colonizado están
muertas o esclerosadas. No cree en absoluto en aquellas que

mantienen una apariencia de vida, pues verifica su infelicidad todos los días; llega a avergonzarse de ellas como de un monumento ridículo y caduco.

Por el contrario, toda la eficacia, todo el dinamismo social, parecen acaparados por las instituciones del colonizador. ¿El colonizado necesita ayuda? Es a ellas a las que se dirige. ¿Ha cometido una falta? De ellas recibe la sanción. Infaltablemente termina frente a los magistrados colonizadores. Cuando por casualidad un hombre de autoridad viste *checchia*, tendrá la mirada huidiza y el gesto más duro, como si quisiera prevenir todo llamado, como si estuyera bajo la vigilancia constante del colonizador. ¿La ciudad se viste de fiesta? Se trata de las fiestas del colonizador, incluso las religiosas, que se celebran con magnificencia: Navidad y la fiesta de Juana de Arco, Carnaval y el Catorce de Julio.... son los ejercicios del colonizador los que desfilan, los mismos que aplastaron al colonizado, que lo mantienen en su lugar y que lo volverían a aplastar si fuera preciso.

Seguramente en virtud de su formalismo, el colonizado conserva todas sus fiestas religiosas idénticas a sí mismas desde hace siglos. Precisamente, son las únicas fiestas religiosas que, en un sentido, están fuera del tiempo. Más exactamente, se encuentran en el origen del tiempo histórico, y no en la historia. Desde el momento en que fueron instituidas, no ha sucedido nada más en la vida de ese pueblo. Nada da particular a su existencia propia, que merezca ser recordado por la conciencia colectiva y festejado... Nada más que un gran vacío.

Las pocas huellas materiales de ese pasado, finalmente, se borran poco a poco, y los vestigios futuros, no llevarán ya la marca del grupo colonizado. Las pocas estatuas que jalogan la ciudad representan, con un increíble desprecio hacia el colonizado que las borda día a día, los hechos salientes de la colonización. Las construcciones adquirieron las formas amadas por el colonizador, y hasta los nombres de las calles

recuerdan a las lejanas provincias de donde proviene. Es cierto que llega a suceder que el colonizador produzca un estilo neo-oriental, del mismo modo que el colonizado imita el estilo europeo. Pero no se trata sino de exotismo (viejas armas y cofres antiguos) y no de renacimiento. El colonizado no hace sino evitar su pasado.

La escuela del colonizado

¿A través de qué se transmite aún la herencia de un pueblo?

A través de la educación que imparte a sus hijos y del lenguaje, maravilloso reservorio enriquecido sin cesar por experiencias nuevas. De este modo se legan e inscriben en la historia las tradiciones y las adquisiciones, las costumbres y las conquistas, los hechos y los gestos de la generaciones precedentes.

Ahora bien: la gran mayoría de los niños colonizados están en las calles. Y aquél que tiene la oportunidad insigne de ser acogido en una escuela, no se salvará nacionalmente allí: la memoria que se le asigna no es seguramente la de su pueblo. La historia que se le enseña no es la suya. Sabe quién fue Colbert o Cromwell, pero no quien fue Khaznadar; quién fue Juana de Arco, pero no la Kahena. Todo parece haber sucedido más allá de su casa; su país y él mismo están en el aire, o no existen sino por referencia a los galos, los francos, el Marne; por referencia a aquello que él no es, al cristianismo, siendo que él no es cristiano, al Occidente que se deforma ante su nariz, sobre una línea tanto más infranqueable cuanto que es imaginaria. Los libros le hablan de un universo que no recuerda al suyo en nada; el niño se llama Totó y la niña María, y en las noches de invierno María y Totó, volviendo a su casa por caminos cubiertos de nieve, se paran frente al vendedor de castañas asadas. Finalmente sus maestros, no asumen la continuación del pa-

dre, no son los reveladores prestigiosos y salvadores como todos los maestros del mundo, son diferentes. La transferencia no se opera, ni del niño al maestro, ni (demasiado a menudo, hay que confesarlo) del maestro al niño. Y esto el niño lo siente perfectamente. Un antiguo compañero de clase me confesó que la literatura, las artes, la filosofía, habían permanecido para él como efectivamente extrañas, como pertenecientes a un mundo extraño, el de la escuela. Solo tras una larga estada en París, comenzó a asumir las verdaderamente.

Si la transferencia acaba por operarse, no es sin peligro: el maestro y la escuela representan un universo demasiado diferente del universo familiar. En los dos casos, finalmente, lejos de preparar al adolescente para asumirse *totalmente* la escuela establece en su seno una definitiva dualidad.

El bilingüismo colonial...

Este desgarramiento esencial del colonizado se encuentra particularmente expresado y simbolizado en el bilingüismo colonial.

El colonizado no se salva del analfabetismo sino para caer en el dualismo lingüístico. Y esto si tiene esta oportunidad. La mayoría de los colonizados no tendrá nunca la buena suerte de sufrir los tormentos del bilingüe colonial. Dispondrá sólo de su lengua madre, es decir, una lengua no escrita ni leída, que no permite sino la incierta y pobre cultura oral.

Es cierto que grupitos de letrados se obstinan en cultivar la lengua de su pueblo, en perpetuarla en sus esplendores sabios y pasados. Pero esas formas sutiles han perdido con el tiempo todo contacto con la vida cotidiana, se han tornado opacas para el hombre de la calle. El colonizado las con-

sidera reliquias, y a esos hombres venerables, sonámbulos que viven un viejo sueño.

Inclusive si el habla madre permitiera al menos una incursión actual sobre la vida social, o atravesara las ventanillas de las oficinas públicas u ordenara el tráfico postal. Pero no es así. Toda la burocracia, la magistratura, la técnica, no comprende ni utiliza sino la lengua del colonizador, del mismo modo que los mojones indicadores de distancias en las rutas, los tableros en las estaciones, las chapas con los nombres de las calles y los recibos. Provisto únicamente de su lengua, el colonizado es un extranjero en su propio país.

En el contexto colonial, el bilingüismo es necesario. Es condición de toda comunicación, de toda cultura, de todo progreso. Pero el bilingüe colonial no se salva del emparejamiento sino para sufrir una catástrofe cultural, nunca completamente superada.

La falta de coincidencia entre la lengua madre y la lengua cultural no es exclusiva del colonizado. Pero el bilingüismo colonial no puede asimilarse a cualquier otro dualismo lingüístico. La posesión de dos lenguas no es sólo la posesión de dos instrumentos, es la participación en dos reinos psíquicos y culturales. Ahora bien: aquí, *los dos universos simbolizados, expresados, por las dos lenguas, están en conflicto*: son el del colonizador y el del colonizado.

Por otra parte, la lengua madre del colonizado, la que se nutre de sus sensaciones, sus pasiones y sus sueños, aquélla en la que se liberan su ternura y sus sorpresas, aquélla que encubre, finalmente, la mayor carga afectiva, es, precisamente, *la menos valorizada*. Carece de toda dignidad en el país o en el concierto de los pueblos. Si el colonizado quiere adquirir un oficio, construir su lugar, existir en la ciudad y en el mundo, en primer lugar debe plegarse a la lengua de los otros, la de los colonizadores, sus amos. En el conflicto lingüístico en el que vive el colonizado, su lengua madre es la humillada, la aplastada. Y él termina por hacer

suyo ese desprecio objetivamente fundado. Por sí mismo comienza a descartar esta lengua valetudinaria, a esconderla a los ojos de los extranjeros, a no parecer cómodo sino usando la lengua del colonizador. En resumen, el bilingüismo colonial no es ni una diglosia, donde coexisten un idioma popular y una lengua de puristas, pertenecientes ambas al mismo universo afectivo, ni una simple riqueza poliglota, que se beneficia de un teclado suplementario pero relativamente neutro. Se trata de un *drama lingüístico*.

... Y la situación del escritor

Uno se asombra de que el colonizado no tenga una literatura viva en su propia lengua. ¿Cómo se dirigiría a ella, desde que la desdén? ¿Cómo vuelve la espalda a su música, a sus artes plásticas, a toda su cultura tradicional? Su ambigüedad lingüística es el símbolo y una de las mayores causas de su ambigüedad cultural. Y la situación del escritor colonizado es una perfecta ilustración de esto.

Las condiciones materiales de la existencia del colonizado bastarían, es cierto, para explicar su rareza. La miseria de la gran mayoría reduce al extremo las posibilidades estéticas de ver nacer y crecer un escritor. Pero la historia nos muestra que no hace falta sino una clase privilegiada para proveer de escritores a todo un pueblo. De hecho, el papel del escritor colonizado es demasiado difícil de sostener: él encarna todas las ambigüedades, todas las imposibilidades del colonizado, llevadas a su grado máximo.

Supongamos que haya aprendido a manejar su lengua hasta recrearla en obras escritas, que haya vencido su rechazo profundo a servirse de ella; para quién escribiría, para qué público? Si se obstina en escribir en su lengua, se condena a hablar a un auditorio de sordos. El pueblo es mudo y no lee ningún idioma, los burgueses y los letrados no com-

prenden sino el del colonizador. Le queda una sola salida que se presenta natural: escribir en la lengua del colonizador. ¡Como si no hubiera así otra cosa que cambiar de dificultad!

Es necesario seguramente que supere su handicap. Si bien el bilingüe colonial tiene la ventaja de conocer dos lenguas, no domina totalmente ninguna. Esto explica igualmente la lentitud con que nacen las literaturas colonizadas. Hace falta malbaratar mucha materia humana, una multitud de golpes de dados para tener la chance de una bella casualidad. Después de lo cual resurge la ambigüedad del escritor colonizado bajo una forma nueva pero más grave.

¡Curioso destino escribir para un pueblo que no es el propio! ¡Más curioso aún escribir para un pueblo que es el vencedor del propio! Uno se asombra de la aspereza de los primeros escritores colonizados. ¿Olvidan acaso que se dirigen al mismo público cuya lengua toman prestada? No se trata sin embargo de inconsciencia, ni de ingratitud, ni de insolencia. Precisamente a este público, desde que se atreven a hablar, ¿qué van a decirle sino su malestar y su rebelión? ¿Se esperan palabras de paz de aquél que padece una larga discordia? ¿Reconocimiento, por un préstamo cuyos intereses son tan gravosos?

Por un préstamo que, por lo demás, no será nunca más que un préstamo. A decir verdad, abandonamos aquí la descripción por la previsión. ¡Pero resulta tan legible, tan evidente! La emergencia de una literatura de colonizados, la toma de conciencia de los escritores noratlánticos, por ejemplo, no es un renombre aislado. Participa de la toma de conciencia de sí de todo un grupo humano. El grupo no es un accidente o un milagro de la planta, sino el signo de su madurez. Cuando más, el surgimiento del artista colonizado se adelanta un poco a la toma de conciencia colectiva de la que participa, y a la que acelera al participar de ella. Pues la reivindicación más urgente de un grupo que se ha

recuperado es sin duda *la liberación y restauración de su lengua.*

Si me asombro, en verdad, es porque uno puede asombrarse. Sólo esta lengua permitiría al colonizado reanudar su tiempo interrumpido, reencontrar su continuidad perdida y la de su historia. La lengua francesa ¿es sólo un instrumento eficaz y preciso? ¿O es ese coltre maravilloso donde se acumulan los descubrimientos y los logros de los escritores y los moralistas, de los filósofos y los sabios, de los héroes y los aventureros, donde se transforman en una leyenda única los tesoros del espíritu y del alma de los franceses?

El escritor colonizado, que llegó penosamente a la utilización de las lenguas europeas —las lenguas de los colonizadores, no lo olvidemos— no puede sino servirse de ellas para reclamar en favor de la suya. No hay en esto ni incoherencia ni pura reivindicación o ciego resentimiento, sino una necesidad. Si no lo hiciera, todo su pueblo terminaría por hacerlo. Se trata de una dinámica objetiva a la cual, es cierto, él alimenta, pero que lo nutre y continuaría sin él. Al hacerlo, si bien contribuye a liquidar su drama de hombre, confirma y acentúa su drama de escritor. Para conciliar su destino consigo mismo, podría tratar de escribir en su lengua madre. Pero no se rehace un aprendizaje semejante en el lapso de una vida. El escritor colonizado está condenado a vivir sus divorcios hasta su muerte. El problema no puede cerrarse sino de dos maneras: o por agotamiento natural de la literatura colonizada (las próximas generaciones, nacidas en la libertad, escribirán espontáneamente en su lengua reencontrada) o, sin esperar tanto, otra posibilidad puede tentar al escritor: decidir pertenecer totalmente a la literatura metropolitana. Dejemos de lado los problemas éticos provocados por tal actitud. Se trata entonces del suicidio de la literatura colonizada. En las dos perspectivas, sólo el plazo es diferente: *la literatura colonizada en lengua europea parece condenada a morir joven.*

Al ser de carencia

Todo sucede finalmente, como si la colonización contemporánea fuera un yerro de la historia. Por su fatalidad propia y por egoísmo habrá frustrado todo, habrá profanado todo lo que tocó. Habrá podrido al colonizador y destruido al colonizado.

Para hacer mejor su triunfo, ha pretendido hallarse al exclusivo servicio de sí misma. Pero al excluir al hombre colonizado por cuya única mediación hubiera podido señalar a la colonia, se ha condenado a permanecer extranjera en ella, y en consecuencia, necesariamente efímera.

Sin embargo, de su suicidio es sólo responsable ante sí misma. Más impondonable es su crimen histórico contra el colonizado, a quien habrá arrojado al costado de la ruta, fuera del tiempo contemporáneo.

La cuestión de saber si el colonizado librado a sí mismo hubiera marchado al mismo ritmo que los demás pueblos, no tiene gran significación. En puridad de verdad, no sabemos nada de eso. Es posible que no. Ciertamente no es sólo el factor colonial el que explica el atraso de un pueblo. No todos los países han seguido el mismo ritmo que los Estados Unidos o Inglaterra; cada uno tuvo sus causas particulares de atraso y sus propios frenos. Sin embargo, cada uno marchó con su propio paso y por su camino. Por lo demás, ¿se puede legitimar la degeneración histórica de un pueblo por las dificultades de los otros? Seguramente los colonizados no son las únicas víctimas de la historia, pero la degeneración histórica propia de los colonizados fue la colonización.

En este mismo falso problema desemboca la pregunta que tanto preocupa a muchos: *A pesar de todo, ¿el colonizado no ha beneficiado con la colonización? A pesar de todo, ¿el colonizador no ha abierto carreteras, construido hospitales y escuelas? Esta restricción a la vida tan mala, vuelve a*

decir que la colonización fue a pesar de todo positiva, pues *sin ella* no hubiera habido ni carreteras, ni hospitales, ni escuelas. ¿Qué sabemos acerca de eso? ¿Por qué debemos suponer que el colonizado se habría quedado congelado en el estado en que lo halló el colonizador? Se podría igualmente afirmar lo contrario: si no se hubiera producido la colonización habría más escuelas y más hospitales. Si se conociera mejor la historia tunecina se hubiera visto que el país estaba entonces en pleno parto. Después de haber excluido al colonizado de la historia, de haberle prohibido todo futuro, el colonizador afirma su inmortalidad raigal, pasada y definitiva.

Por lo demás, esta objeción no perturba sino a quienes se hallan dispuestos a serlo. He renunciado hasta aquí a la comodidad de las cifras y las estadísticas. Sería el momento de recurrir discretamente a ellas: ¡tras varias décadas de colonización! la multitud de niños en las calles sobrepasa de tan lejos al número de los que están en clase! ¡El número de camas en los hospitales es tan irrisorio frente al número de enfermos, la intención de quienes trazaron las carreteras es tan clara, tan desprendida respecto del colonizado, tan estrechamente sometida a las necesidades del colonizador! Verdaderamente, para tan poco la colonización no era indispensable.

¿Es acaso audacia pretender que el Túnez de 1952 hubiera sido de todas maneras muy diferente al de 1881? Existen finalmente otras posibilidades de influencia y de intercambio entre los pueblos además de la dominación. Otros países pequeños se han transformado ampliamente sin haber necesitado que se los colonizara. De este modo numerosos países de Europa central...

Pero desde hace un momento nuestro interlocutor sonríe, escéptico.

—A pesar de todo, no se trata de la misma cosa...

—¿Por qué? ¿Usted quiere decir, no es cierto, que *esos* países están poblados por europeos?

—Este... ¡sí!

—¡Ahí está, señor! Usted es simplemente racista.

En efecto, volvemos aquí al mismo prejuicio fundamental. Los europeos conquistaron el mundo porque su naturaleza los predisponía a ello, los no europeos fueron colonizados porque su naturaleza los condenaba a serlo.

Vamos, seamos serios y dejemos de lado el racismo y esta manía de rehacer la historia. Dejemos de lado inclusive el problema de la responsabilidad *inicial* de la colonización. ¿Fue resultado de la expansión capitalista o empresa coningente de voraces hombres de negocio? En definitiva todo eso no es tan importante. Lo que cuenta es la *realidad actual* de la colonización y del colonizado. Ignoramos en absoluto qué hubiera sido el colonizado sin la colonización, pero vemos perfectamente en qué se ha convertido a causa de la colonización. Para dominarlo y explotarlo mejor, el colonizador lo ha hecho retroceder fuera del circuito histórico y social, cultural y técnico. Lo que es actual y verificable es que la cultura del colonizado, su sociedad, sus habilidades, se hallan gravemente afectadas y que no ha adquirido un nuevo saber y una nueva cultura. Un resultado patente de la colonización es que ya no hay artistas y todavía no hay técnicos colonizados. Es cierto que existe también una carencia técnica del colonizado. "Trabajo árabe", dice el colonizador con desprecio. Pero lejos de encontrar allí una excusa para su conducta y un punto de comparación que lo favorece, debe ver en ello su propia acusación. Es cierto que los colonizados no saben trabajar. Pero, ¿dónde se les enseñó a hacerlo, quién les inculcó la técnica moderna? ¿Dónde están las escuelas profesionales y los centros de aprendizaje?

Usted insiste demasiado, se dice a veces, acerca de la técnica industrial. ¿Y los artesanos? Vea usted esta mesa de

madera blanca. ¿Por qué está hecha con madera de cajón? ¿Y mal terminada, mal pulida, ni pintada ni barnizada? Es cierto, esta descripción es exacta. Lo único correcto que tienen esas mesas de té es la forma, regalo secular hecho al artesano por la tradición. Pero en lo que respecta al resto, es el pedido el que suscita la creación. Ahora bien: ¿para quién están hechas esas mesas? El comprador no tiene con qué pagar esos golpes de cepillo suplementarios, ni el barniz ni la pintura. En consecuencia, las mesas siguen siendo tablas de cajón mal unidas, donde los agujeros de los clavos quedan abiertos.

El hecho verificable es que la colonización crea para el colonizado un estado de carencia, y que todas las carencias se sostienen y alimentan entre sí. La no industrialización, la falta de desarrollo técnico del país, conducen al lento aplastamiento económico del colonizado. Y el aplastamiento económico, el nivel de vida de las masas colonizadas impiden que exista el técnico, así como impiden que el artesano se perfeccione y creé. Las causas últimas son la negatva del colonizador que se enriquece más vendiendo materias primas que compitiendo con la industria metropolitana. -Pero por lo demás, el sistema funciona en círculo, adquiere una autonomía en la desgracia. Si se hubieran establecido más centros de aprendizaje o inclusive universidades, éstos no hubieran salvado al colonizado, que no hubiera encontrado, al egresar, empleo alguno para su saber. ¡En un país al que le falta de todo, los pocos ingenieros colonizados que han conseguido obtener sus diplomas, son empleados como burócratas o docentes! La sociedad colonizada no tiene una necesidad directa de técnicos, y no la suscita. Pero, ¡degradado del que no es indispensable! La mano de obra colonizada es intercambiable; ¿por qué pagarla a su justo precio? Además, nuestro tiempo y nuestra historia son cada vez más técnicos: el atraso tecnológico del colonizado aumenta y parece justificar el desprecio que inspira. Concreta —así lo

parece — la distancia que lo separa del colonizador. Y no es incorrecto que la distancia tecnológica sea una causa parcial de la incomprensión entre las dos partes. El nivel general de vida del colonizado es tan bajo a menudo que el contacto es casi imposible. Se sale de ello hablando de la edad media colonial. Se puede proseguir de este modo por largo tiempo. El uso y goce de las técnicas crean tradiciones tecnológicas. El niño francés, el niño italiano, tienen ocasión de manipular un motor, una radio; están rodeados por los productos de la técnica. Muchos colonizados esperan dejar la casa paterna para poder aproximarse a la más mínima máquina. ¿Cómo habrían de tener el gusto por la civilización mecanizada y la intuición de la máquina?

Todo en el colonizado, por fin, es carencial; todo contribuye a carenciarlo. Inclusive su cuerpo, mal nutrido, enciende que y enfermo. Mucho palabrerío se ahorraría si antes de iniciar cualquier discusión se comenzara por plantear: en primer lugar, está la miseria, colectiva y permanente, inmensa. La simple y estúpida miseria biológica, el hambre crónica de un pueblo entero, la subalimentación y la enfermedad. Con seguridad, desde lejos esto suena un poco abstracto, y haría falta una imaginación alucinatoria para que no fuera así. Recuerdo aquel día en que el coche de la "Automóvil Turcena" que nos transportaba hacia el sur, se detuvo en medio de una multitud cuyas bocas sonreían, pero cuyos ojos, casi todos los ojos, se vertían sobre las mejillas; donde busqué con malestar una mirada que no fuera prismatosa donde pudiera reposar la mía. Y la tuberculosis, la sífilis, y esos cueros esqueléticos y desnudos que se pasean entre las sillas de los cafés, como muertos vivientes pegajosos como moscas, las moscas de nuestros remordimientos...

—¡Ah, no! —exclama nuestro interlocutor—, ¡esta miseria estaba allí! ¡Nosotros la encontramos al llegar!

Sea. (Ver, por lo demás; el habitante de las villas miseria

es a menudo un *fellah* desposeído.) Pero ¿cómo podría sostenerse tanto tiempo un sistema social así, que perpetúa tales miserias—suponiendo que no las cree? ¿Cómo hay quien se atreve a comparar las ventajas y los inconvenientes de la colonización? ¿Qué ventajas, así fueren mil veces más importantes, podrían hacer aceptar catástrofes semejantes, interiores y exteriores?

3

LAS DOS RESPUESTAS DEL COLONIZADO

¡Ah! ¡No son nada bellos el cuerpo y la cara del colonizado! No es sin perjuicio que se sufre el peso de tamaña desgracia histórica. Si el rostro del colonizador es el rostro otiloso del opresor, el de su víctima ciertamente no expresa la armonía y la calma. Según el mito colonialista el colonizado no existe, pero sin embargo es reconocible. Ser de opresión, es fatalmente un ser de carencia.

¿Después de esto cómo puede creerse que pueda resignarse nunca? ¿Acepta la relación colonial y esta cara de sufrimiento y desprecio que le asigna? Existe en todo colonizado una exigencia fundamental de cambio. Y debe ser inmenso el desconocimiento del hecho colonial o el engegucimiento interesado como para ignorarla. Para afirmar, por ejemplo, que la reivindicación colonizada es producto de unos pocos: intelectuales o ambiciosos, de la decepción o el interés personal. Lindo ejemplo de proyección, dicho sea de paso, ex-plicación del otro por el interés en quienes no se hallan motivados sino por el interés. En resumen, el rechazo del colonizado es considerado un fenómeno de superficie, en cuanto se deriva de la naturaleza misma de la situación colonial. El burgués sufre más el bilingüismo, es cierto; el intelectual vive más intensamente el desgarramiento cultural. El malhabeto en cambio, está emparedado en su lengua simplemente y rumia las migajas de la cultura oral. Aquéllos que comprenden su suerte, es cierto, se tornan impacientes y no reportan más la colonización. Pero se trata de los mejores, que sufren y se niegan: y ellos no hacen sino traducir la desgracia común. Si así no fuera, ¿por qué se los escuchan tan pronto, se los entiende tan bien y se los obedece?

Si se elige entender el hecho colonial, debe admitirse que es inestable, que su equilibrio se halla amenazado sin cesar. La gente puede arreglarse en cualquier situación y el colonizado puede esperar vivir largo tiempo. Pero tarde o temprano, con mayor o menor violencia, por todo el movimiento de su personalidad oprimida, un día comienza a rechazar su existencia imposible de vivir.

Entonces intenta, sucesiva o paralelamente, las dos salidas históricamente posibles. Intenta ya sea convertirse en otro, ya reconquistar todas sus dimensiones que le fueron amputadas por la colonización.

El amor por el colonizador y el odio hacia sí mismo

La primera tentativa del colonizado es cambiar de condición cambiando de piel. Un modelo tentador y muy próximo se le ofrece y se le impone: precisamente el del colonizador. Éste no sufre de ninguna de sus carencias, tiene todos los derechos, goza de todos los bienes y se beneficia con todos los prestigios; dispone de riquezas y honores, de la técnica y la autoridad. Finalmente, es el otro término de la comparación, el que aplasta al colonizado y lo mantiene en la servidumbre. La ambición primera del colonizado será igualar a ese modelo prestigioso, parecersele hasta desaparecer en él.

De este procedimiento, que en efecto supone la admiración por el colonizador, se ha deducido la aprobación de la colonización. Pero por una dialéctica evidente, en el momento en que el colonizado transige en mayor medida con su suerte, se rechaza a sí mismo con mayor tenacidad. Es decir que rechaza, de otro modo, la situación colonial. El rechazo hacia sí y el amor por el otro son comunes a todo candidato a la asimilación. Y los dos componentes de esta tentativa de liberación están estrechamente ligados: el amor por el colo-

nizador se halla subentendido por un complejo de sentimientos que van desde la vergüenza hasta el odio por sí mismo.

Lo extremo de esta sumisión al modelo es ya revelador. La mujer rubia, aunque fuera insípida y de rasgos comunes, parece superior a toda morena. Un producto que fabrica el colonizador, una promesa hecha por él, se reciben con confianza. Se copian estrechamente sus costumbres, sus vestidos, su alimentación, su arquitectura, aunque fueren inconvenientes para el lugar. El matrimonio mixto es el fin último de este impulso para los más audaces.

Este arrebato hacia los valores colonizadores no sería tan sospechoso, sin embargo, si no comportase un reverso semejante. El colonizado no busca solamente enriquecerse con las virtudes del colonizador. En nombre de aquello en que desea convertirse, se encarna en empobrecerse, en separarse con pesar de sí mismo. Volvemos a encontrar, bajo una forma diferente, un rasgo que ya señaláramos. El aplastamiento del colonizado está incluido entre los valores de la colonización. Cuando el colonizado adopta esos valores, adopta entre ellos su propia condena. Para liberarse —al menos así lo cree— acepta destruirse. El fenómeno es comparable a la negrofobia de los negros, o al antisemitismo de los judíos. Hay negras que se desesperan por desrizar sus cabellos, que vuelven a rizarse siempre, y torturan su piel por blanquearla un poco. Muchos judíos, si pudieran, se arrancarían el alma; esa alma de la que se les dice que es irremediablemente mala. Se le ha declarado al colonizado que su música es un maullido de gato; su pintura, jarrabe amucarrado. El repite que su música es vulgar y su pintura repugnante. Y si a pesar de todo esta música lo conmueve, si lo emociona más que los sutiles ejercicios occidentales a los que halla fríos y complicados; si esa unisonancia de colores cantarinos y ligeramente ebrios regocija su vista, es contra su voluntad que esto sucede. Se indigna por esto contra sí mismo, lo oculta a los ojos de los extranjeros, o

afirma repugnancias tan fuertes que resultan cómicas. Las mujeres de la burguesía prefieren la alhaja mediocre proveniente de Europa a la joya más pura de su tradición. Y son los turistas los que se maravillan ante los productos del artesanado secular. Finalmente, negro, judío o colonizado, hay que parecerse cuanto sea posible al blanco, al no judío, al colonizador. Del mismo modo como mucha gente evita exhibir a sus parientes pobres, el colonizado enfermo de asimilación oculta su pasado, sus tradiciones, todas, sus raíces por fin, que se han tornado infamantes.

Imposibilidades de la asimilación

Esas convulsiones interiores y esas contorsiones hubieran podido hallar su fin. Al cabo de un largo proceso, doloroso y conflictual sin duda, el colonizado podría quizá haberse fundido en el seno de los colonizadores. No existen problemas en los que el desgaste de la historia no pueda llevar a cabo algo. Es cuestión de tiempo y de generaciones. A condición, sin embargo, de que no contengan datos contradictorios. Ahora bien: *dentro del cuadro colonial, la asimilación se ha revelado imposible.*

El candidato a la asimilación llega casi siempre a cansarse del precio exorbitante que se le hace pagar y que nunca termina de saldar. También descubre con espanto *todo* el sentido de su tentativa. Es dramático el momento en que comprende que ha restablecido a su cargo las acusaciones y condenas del colonizador; que se acostumbra a mirar a los suyos con la mirada de su fiscal. Ellos no carecen de defectos ni son intachables, es cierto. Existen fundamentos objetivos para su impaciencia contra ellos y sus valores; casi todo en ellos está perimido, es ineficaz y ridículo. ¡Pero qué! ¡Son los suyos, es uno de ellos, nunca ha dejado de serlo! Esos ritmos en equilibrio desde hace siglos, esta alimentación

que le llena tan bien la boca y el estómago son todavía los suyos, es él mismo. ¿Debe acaso, durante toda su vida, tener vergüenza de aquello que en él es lo más real? ¿De aquello que es lo único que no ha tomado en préstamo? ¿Debe acaso encarnizarse en negarse y, por lo demás, soportará hacerlo todos los días? Finalmente, su liberación, ¿debe pasar por una agresión sistemática contra sí mismo?

Sin embargo, la imposibilidad mayor no se halla allí. Pronto la descubre: aunque consista en todo, no será salvado. Para asimilarse no es suficiente despedirse del propio grupo, es preciso penetrar en otro: *entonces encuentra el rechazo del colonizador.*

Al esfuerzo obstinado del colonizado por superar el precio (que merecen, como termina por admitir, su atraso, su debilidad, su alteridad), a su sumisión admirativa, su aplicada preocupación por confundirse con el colonizador, por vestirse como él, por hablar, conducirse como él hasta en sus tics y su manera de hacer la corte, el colonizador opone un segundo desprecio: *la burla*. Declara, y lo explica al colonizado, que esos esfuerzos son inútiles, que no gana con ellos sino un rasgo suplementario: el ridículo. Pues nunca jamás llegará a identificarse con él, ni siquiera a reproducir correctamente su papel. En el mejor de los casos, si no quiere herir demasiado al colonizado, el colonizador empleará toda su metafísica caracterológica. Los genios de los pueblos son incompatibles; cada gesto está sostenido por el alma entera, etcétera... Más brutalmente, dirá que el colonizado no es más un mono. Y cuanto más sutil es el mono, cuanto mejor imita, más se irrita el colonizador. Con esta atención y ese olfato aguzado que desarrolla la malevolencia, hallará la pista del matiz revelador, en el vestuario o en el lenguaje, la "falta de gusto" que termina siempre por descubrir. Raramente está bien sentido un hombre que cabalga entre dos culturas, en efecto, y el colonizado no siempre encuentra el tono exacto.

Finalmente, todo está preparado para que el colonizado no pueda franquear el umbral, para que comprenda y admita que esta vía es un callejón sin salida y la asimilación imposible.

Lo que torna bastante inútiles los lamentos de los humanistas metropolitanos, e injustos sus reproches dirigidos al colonizado: ¿Cómo se atreve éste a rehusar, se asombran, esta síntesis generosa en la cual —murmuran— no puede sino salir ganancioso? *Es el colonizado el primero en desear la asimilación y es el colonizador quien se la niega.*

Hoy en día, cuando la colonización toca a su fin, tardías buenas voluntades se preguntan si la asimilación no ha sido la gran ocasión perdida por los colonizadores y las metrópolis. ¡Ah, si lo hubiéramos querido! ¿Ve usted, sueñan, una Francia de cien millones de franceses? No está prohibido y a menudo es consolador reimaginar la historia. A condición de descubrirle otro sentido, otra coherencia oculta. La asimilación, ¿podía tener éxito?

Hubiera podido, quizás, en otros momentos de la historia del mundo. En las condiciones de la colonización contemporánea, parece que no. Quizá se trate de una desgracia histórica, quizá debamos lamentarlo todos juntos. Pero no sólo ha fracasado, sino que ha parecido imposible a todos los interesados.

En definitiva su fracaso no se debe solamente a los prejuicios del colonizador, no más que a los atrasos del colonizado. La asimilación, fracasada o realizada, no es cuestión de buenos sentimientos o de psicología únicamente. Una serie bastante larga de felices coyunturas puede cambiar la suerte de un individuo. Algunos colonizados han tenido éxito prácticamente en desaparecer dentro del grupo colonizador. Frente a esto resulta claro que un drama colectivo nunca podrá extinguirse a golpes de soluciones individuales. El individuo desaparece en su descendencia y el drama del grupo continúa. Para que la asimilación de los colonizados tenga valor

y sentido, haría falta que alcanzara a un pueblo entero, es decir, que sea modificada *toda la condición colonial*. Ahora bien: como lo hemos mostrado suficientemente, la condición colonial no puede cambiarse sino por la *supresión de la relación colonial*.

Volvemos a encontrar el vínculo fundamental que une a nuestros dos retratos, dinámicamente engranados uno al otro. Verificamos una vez más que es inútil pretender actuar sobre uno u otro sin actuar sobre ese vínculo, o sea, sobre la colonización. Decir que el colonizador podría o debería aceptar de buen grado la asimilación, y en consecuencia la emancipación del colonizado, *es escamotear la relación colonial*. O dar por sobreentendido que puede proceder por sí mismo a un trastocamiento total de su estado: a la condena de los privilegios coloniales, de los derechos exorbitantes de los colonos y de los industriales, a pagar humanamente la mano de obra colonizada, a la promoción jurídica, administrativa y política de los colonizados, a la industrialización de la colonia... En resumen, al fin de la colonia como tal, al fin de la metrópoli como tal. Simplemente, se invita al colonizador a terminar consigo mismo.

En las condiciones contemporáneas de la colonización, *asimilación y colonización son términos contradictorios.*

La rebelión...

¿Entonces, qué le queda por hacer al colonizado? Al no poder abandonar su condición de acuerdo y en comunión con el colonizador, intentará liberarse contra éste: se rebelará. Lejos de asombrarse con las rebeliones de los colonizados, uno debería estar sorprendido por el contrario, de que esas rebeliones no sean más frecuentes y más violentas. En realidad, el colonizador vela por eso: esterilización continua de las élites, destrucción periódica de las que a pensar sólo valen

llegan a surgir, por medio de la corrupción o de la opresión policial; abortamiento por medio de la provocación de todo movimiento popular y su aplastamiento brutal y rápido. Hemos destacado también las hesitaciones del mismo colonizador, la insuficiencia y la ambigüedad de una agresividad de vencido que, a pesar de todo, admira a su vencedor, la esperanza tenaz durante largo tiempo de que la omnipotencia del colonizador pariría una bondad suprema.

Pero la rebelión es la única a la situación colonial que no constituye una engaño, y el colonizado termina por descubrirlo, tarde o temprano. Su condición es absoluta y reclama una solución absoluta, una ruptura y no un compromiso. Ha sido arrancado de su pasado y detenido en su futuro, sus tradiciones agonizan y pierde la esperanza de adquirir una nueva cultura, carece de idioma, de bandera, de tecnología, de existencia nacional e internacional, de derechos, de deberes: *no posee nada, no es ya nadie ni espera nada*. Además, la solución se hace cada día más urgente, cada día, necesariamente, más radical. El mecanismo de anulación del colonizado, puesto en movimiento por el colonizador, no puede sino agravarse día a día. Cuanto más aumenta la opresión, más necesita justificarse el colonizador, para lo cual debe envilecer más al colonizado, lo que lo hace sentir más culpable, por lo que debe justificarse más, etc. ¿Cómo salir de esto sino por la *ruptura*, el estallido, cada día más explosivo, de ese círculo infernal? La situación colonial, por su propia fatalidad interior, llama a la rebelión. Pues la condición colonial no puede ser *reparada*; como a un cepo, no puede sino quebrársela.

... Y el rechazo del colonizador

Se asiste entonces a una inversión de los términos. Una vez abandonada la asimilación, la liberación del colonizado

debe efectuarse por su autorreconquista y la adquisición de una dignidad autónoma. El impulso hacia el colonizador exigía, en su grado extremo, el rechazo de sí mismo y el rechazo del colonizador será el prelude indispensable a la recuperación de sí. Hay que desembarazarse de esta imagen acusadora y angustiadora; hay que emboscar de frente a la opresión, desde que es imposible contornearla. Después de haber sido rechazado por tanto tiempo por el colonizador, ha llegado el día en que es el colonizado quien rechaza a aquél.

Sin embargo, esta inversión no es absoluta. No existe una voluntad sin reservas de asimilación y luego un repudio total del modelo. En lo más intenso de su rebelión el colonizado conserva lo que ha tomado prestado y las lecciones recibidas durante una cohabitación tan prolongada. Del mismo modo en que la somnisa o los hábitos musculares de una vieja esposa, inclusive en trance de divorcio, recuerdan curiosamente a los del marido. De donde surge la paradoja (citada como prueba decisiva de su ingratitud): el colonizado reivindicada, batiéndose en nombre de ellos, los mismos valores del colonizador, utiliza sus técnicas de pensamiento y sus métodos de combate. (Es preciso agregar que es el único lenguaje que entiende el colonizador.)

Pero, de ahora en adelante, el colonizador se ha convertido sobre todo en negatividad, en tanto que era más bien positividad. Sobre todo, es *decidido* negatividad, por toda la actitud activa del colonizado. A cada instante es puesto en cuestión nuevamente, en su cultura y en su vida, y con él, todo lo que él representa, incluida por supuesto la metrópoli. Se sospecha de él, se lo contradice, se lo combate hasta en el más mínimo de sus actos. El colonizado comienza a preferir con rabia y ostentación los automóviles alemanes, las radios italianas y las heladeras norteamericanas; se prefiere el tabaco, si lleva la estampilla de la colonización. Son medios de presión y castigo económicos, es cierto, pero, al menos en la misma medida, ritos del sacrificio de la colo-

nización. Hasta llegar a los días atroces en que el furor del colonizador y la exasperación del colonizado, culminando en odio, se descargan en locuras sanguinarias. Y luego recomienza la existencia cotidiana, un poco más dramatizada, un poco más irremediablemente contradictoria.

Es dentro de este contexto donde debe reubicarse la xenofobia e inclusive cierto racismo del colonizado.

Considerado en bloque como ellos, aquellos o los otros, siendo diferente desde todo punto de vista, homogeneizado dentro de una radical heterogeneidad, el colonizado reacciona rechazando en bloque a todos los colonizadores. E inclusive, a veces, a todos los que se les parecen, a todo el que no es un oprimido como él. La distinción entre hecho e intención no tiene demasiada significación en la situación colonial. *Para el colonizado, todos los europeos de las colonias son colonizadores de hecho.* Y quieránlo ellos o no, lo son por algún lado: por su situación económica de privilegiados, por su pertenencia al sistema político de la opresión, por su participación en un complejo afectivo negador del colonizado. Por otra parte, en último extremo, los europeos de Europa son colonizadores en potencia: les bastaría con desembarcar. Quizás inclusive saquen algún beneficio de la colonización. Son solidarios, o al menos cómplices inconscientes de esta gran agresión colectiva de Europa. Intencionalmente o no, contribuyen con todo su peso a perpetuar la opresión colonial. Finalmente, si la xenofobia y el racismo consisten en culpar globalmente a todo un grupo humano, en condenar a priori a cualquier individuo de ese grupo, adjudicándole un ser y un comportamiento irremediablemente fijo y nocivo, el colonizado es, en efecto, xenófobo y racista; ha llegado a serlo. Todo racismo y toda xenofobia son mistificaciones de sí mismo y agresiones absurdas e injustas hacia los otros. Incluidos los que caracterizan al colonizado. Con mayor razón, desde que se extienden más allá de los colonizadores, a todo aquél que no es rigurosamente colonizado; hasta entre-

por ejemplo al regocijo por las desgracias de otro grupo. Pero se debe des-
tino porque no es un grupo esclavo. Pero se debe des-
al mismo tiempo que el racismo del colonizado es re-
do de una mistificación más general: la mistificación
antialista.

Al ser considerado y tratado separadamente por el racis-
colonialista, el colonizado termina por aceptarse como
requiendo, por aceptar esta división maniquea de la colonia
y, por extensión, del mundo entero. Definitivamente excluido
de una mitad del universo, ¿cómo no sospechar de ella que
ratifica su condena? ¿Cómo no juzgarla y condenarla a su
vaya? En resumen, el racismo del colonizado no es ni bioló-
gico ni metafísico, sino social e histórico. No se halla basado
en la creencia en la inferioridad del grupo detestado, sino
en la convicción, y en buena medida sobre la comproba-
ción, de que ese grupo es definitivamente agresor y perjuri-
dicial. Más aún, si el racismo europeo moderno odia y sigue
purva más de lo que teme, del colonizado teme y sigue
administrando. En pocas palabras, no es un racismo de agresión
sino de defensa.

De modo que debería ser relativamente fácil de templar.
Las pocas voces europeas que se han elevado estos últimos
eflotes para negar esta exclusión, esta radical inhumanidad del
colonizado, han hecho más que todas las buenas obras y
toda la filantropía en las cuales la segregación se mantenía
silvácante. Es por eso que puede sostenerse esta aparente
enormidad: si la xenofobia y el racismo del colonizado
contienen, seguramente, un inmenso resentimiento y una
vidente negatividad, pueden ser el preludio de un movimiento
positivo: la autorrecuperación del colonizado.

La auto-afirmación

Pero al comienzo, la reivindicación colonizada adopta este
rostro diferencial y replegado en sí mismo: se halla estre-

chamente delimitada, condicionada por la situación colonial y las exigencias del colonizador.

El colonizado se acepta y se afirma, se reivindica con pasión. Pero, ¿quién es? Con seguridad no el hombre en general, portador de los valores universales, comunes a todos los hombres. Precisamente ha sido excluido de esta universalidad, tanto en el plano verbal cuanto en los hechos. Por el contrario, se ha investigado y endurecido hasta la sustantificación lo que lo diferencia de los demás hombres. Se le ha demostrado con orgullo que no podría nunca asimilarse a los otros; se lo ha empujado con desprecio hacia aquello que en él sería inasimilable por los demás. ¡Y bien, sea! Es, será, aquel hombre. La misma pasión que le hacía admirar y absorber Europa, lo hará afirmar sus diferencias, dado que esas diferencias, finalmente, lo constituyen, constituyen propiamente su esencia.

Entonces el joven intelectual que había roto con la religión, al menos interiormente, y comía durante el Ramadán, comienza a ayunar ostentosamente. Él, que consideraba a los ritos como inevitables cargas familiares, los reintroduce en la vida social, les otorga un lugar en su concepción del mundo. Para utilizarlos mejor, reexplica los mensajes olvidados, los adapta a las exigencias actuales. Descubre por lo demás que el hecho religioso no es sólo una tentativa de comunicación con lo invisible, sino un extraordinario lugar de comunión para el grupo entero. El colonizado, sus jefes y sus intelectuales, sus tradicionalistas y sus liberales, todas las clases sociales, pueden reencontrarse allí, resolverse allí, verificar y recrear su unidad. Es cierto que es considerable el riesgo de que el medio se torne en fin. Al acordar tanta atención a los viejos mitos, al rejuvenecerlos, los revivifica peligrosamente. Reencuentran así una fuerza inesperada que los hace escapar de los designios limitados de los jefes colonizados. Se asiste a un verdadero resurgir religioso. Sucede inclusive que el aprendiz de hechicero, intelectual o

burgués liberal, para quien el laicismo parecía condición de todo progreso intelectual y social, retome el gusto por esas tradiciones desdeñadas que su máquina doblegaba...

Todo esto, por lo demás, que parece tan importante a los ojos del observador externo, que quizá lo es para la salud general de un pueblo, es en el fondo secundario para el colonizado. De ahora en adelante ha descubierto el principio motor de su acción, el que ordena y valoriza a todo lo demás: se trata de afirmar a su pueblo y de afirmarse solidario con él. Ahora bien: su religión es evidentemente uno de los elementos constitutivos de ese pueblo. En Bandung, para incómodo asombro de los izquierdistas del mundo entero, uno de los dos principios fundamentales de la conferencia fue la religión.

Del mismo modo, el colonizado no conocía su idioma sino bajo la forma de un habla indigente. Para salir de lo cotidiano y lo afectivo más elemental, debía dirigirse a la lengua del colonizador. Al regresar a un destino autónomo y separado, vuelve de inmediato a su propia lengua. Se le hace notar irónicamente que su vocabulario es limitado, su sintaxis bastardeada, que causaría risa oír un curso de matemática superior o de filosofía en ese idioma. Inclusive el colonizador de izquierda se sorprende por esta impaciencia, por este desafío inútil, finalmente más costoso para el colonizado que para el colonizador. ¿Por qué no seguir empleando las lenguas occidentales para describir los motores o enseñar lo abstracto?

Allí de nuevo, existen para el colonizado de ahora en adelante cosas más urgentes que las matemáticas y la filosofía, e inclusive que la técnica. Es necesario restituir a ese movimiento de redescubrimiento de sí de todo un pueblo, la herramienta más apropiada, la que encuentra el camino más corto hacia su alma, porque le llega directamente. Y ese camino, sí, es el de las palabras de amor y de ternura, de cólera e indignación, las palabras que emplea el alfarero al

hablar a sus cacharros y el zapatero a sus suelas. Más tarde la enseñanza, más tarde las letras y las ciencias. Ese pueblo ha aprendido suficientemente a esperar... ¿Y es acaso seguro, por lo demás, que ese idioma hoy balbuceante, no podrá abrirse y enriquecerse? Desde ya, gracias a él, descubre tesoros olvidados, entrevé una posible continuidad con un pasado no desdeñable... Vamos, ¡basta de dudas y medidas insuficientes! Por el contrario, hay que saber romper, hay que saber arremeter hacia adelante. Elegirá inclusive la mayor dificultad. Llegará hasta a prohibirse las comodidades suplementarias de la lengua colonizadora; la reemplazará tan a menudo y tan rápidamente como pueda. Entre el habla popular y la lengua culta, preferirá la culta, arriesgando con su impulso tornar más difícil la comunión buscada. Lo importante ahora es reconstruir a su pueblo, cualquiera fuere su naturaleza auténtica, rehacer su unidad, comunicarse con él y sentirse miembro de él.

Cualquiera fuere el precio que debiera pagar por eso el colonizado, y contra los demás si fuere preciso. De este modo será nacionalista y no, con toda seguridad, internacjonalista. Es claro que al hacerlo, arriesga volcarse en el exclusivismo y en el chauvinismo, contentarse con lo más limitado, oponer la solidaridad nacional a la solidaridad humana e inclusive la solidaridad étnica a la solidaridad nacional. Pero esperar del colonizado, que ha sufrido tanto el no existir por sí mismo, que sea abierto al mundo, humanista e internacionalista, parece una ligereza cómica. Cuando todavía está ocupado en recobrase, en mirarse con asombro, cuando aún reivindica apasionadamente su lengua... usando para ello la del colonizador.

Es notable por lo demás, que será tanto más ardiente en su afirmación cuanto más se haya alejado hacia el colonizador. ¿Es acaso una coincidencia que tantos jefes colonizados hayan contraído matrimonios mixtos? ¿Que el líder tunecino Bourguiba, los dos líderes argelinos Messali-Hadj y Ferhat

Abbas, que varios otros nacionalistas que han consagrado una vidas a guiar a los suyos se hayan casado entre los colonizadores? Habiendo llevado adelante la experiencia del colonizador hasta sus límites vividos, hasta hallarla imposible de ser vivida, se han replegado a sus bases. Aquél que nunca ha dejado su país ni a los suyos, nunca sabrá hasta qué punto está ligado a ellos. Ahora ellos saben que su salvación coincide con la de su pueblo, que deben mantenerse lo más cerca posible de él y de sus tradiciones. No está prohibido agregar la necesidad de justificarse, de redimirse a través de una sumisión completa.

Las ambigüedades de la auto-afirmación

Pueden verse, al mismo tiempo que su necesidad, las ambigüedades que entraña esta auto-recuperación. Si bien la rebelión del colonizado es en sí misma una actitud clara, su contenido puede ser turbio: es que esa rebelión es el resultado inmediato de una situación poco limpiada, la situación colonial.

1. Al recoger el desafío de la exclusión, el colonizado se acepta como segregado y diferente, pero su *originalidad es la delimitada y definida por el colonizador.*

En consecuencia es religión y tradición, ineptitud para la técnica, una esencia particular llamada oriental, etcétera... Sí, eso está bien, conviene. Un autor negro se esforzó por explicarnos que la *naturaleza* de los negros, los suyos, no es compatible con la civilización mecanizada. Y se enorgulleció de ello. En resumen: sin duda provisoriamente, el colonizado admite que posee este rostro de sí mismo *propio*: lo e impuesta por el colonizador. Se recupera, pero continúa *subsistiendo la mistificación colonial.*

Ciertamente que no es llevado a ello por un proceso puramente ideológico; no es que sea sólo *definido* por el coloni-

zador, sino que su situación *la hizo* la colonización. Es evidente que vuelve a hacer suyo a un pueblo carenciado, en su cuerpo y en su espíritu, en su *tono*. Regresa a una historia poco gloriosa y corroida por espantosos agujeros, a una cultura moribunda que pensaba abandonar, a tradiciones congeladas, a un idioma emmolecido. La herencia que termina por aceptar está gravada por un pasivo que descorazonaría a cualquiera. Debe avalar los billetes y los pagarés, y los pagarés son numerosos e importantes. Por otra parte, es un hecho que las instituciones de la colonia no funcionan directamente para él. El sistema educativo no se dirige a él sino por carambola. Las rutas no le están abiertas sino porque son gratuitas.

Pero le parece necesario para llegar hasta el fin de su rebelión, aceptar esas interdicciones y mutilaciones. Se prohibirá el empleo del idioma colonizador, inclusive si todas las cerraduras del país funcionarán con esta llave; cambiará los tableros y los mojones indicadores en las rutas, aun siendo él el primer confundido. Preferirá un largo período de errores pedagógicos a dejar en su lugar los cuadros escolares del colonizador. Elegirá el desorden institucional para destruir más rápidamente las instituciones construidas por el colonizador. Hay en ello, es cierto, un impulso reactivo de profunda protesta. De este modo no deberá ya nada al colonizador, habrá roto definitivamente con él. Pero se trata también de la convicción confusa, y misticizadora, de que todo eso pertenece al colonizador y no es adecuado para el colonizado: es exactamente lo que el colonizador afirmó siempre. En pocas palabras: el colonizado que se rebela comienza por *aceptarse y quererle como negatividad*.

2. Al tomarse esta negatividad un elemento esencial de su autorrecuperación y de su combate, la afirmará y glorificará hasta lo absoluto. No sólo aceptará sus arrugas y llagas, sino que las proclamará bellas. Al asegurarse de sí mismo, al proponerse al mundo tal como es de ahora en ade-

lante, difícilmente puede al mismo tiempo proponer su propia crítica. Si bien sabe repudiar con violencia al colonizador y a la colonización, no parte de lo que es verdaderamente y de lo que ha adquirido desastrosamente en el curso de la colonización. Se propone íntegramente, se confirma globalmente, es decir, como ese colonizado que a pesar de todo ha llegado a ser. De un golpe, exactamente al revés de la actuación colonialista, el colonizado, su cultura, su país, todo lo que le pertenece, todo lo que lo representa, se torna *perfecta positividad*.

En definitiva, vamos a encontrarnos frente a una *contramicología*. Al mito negativo, impuesto por el colonizador, sucede un *mito positivo* de sí mismo, propuesto por el colonizado. Del mismo modo que existe, según parece, un mito positivo del proletario, opuesto a su negativo. Si se encuecha al colonizado, y a menudo a sus amigos, todo es lueno, todo debe conservarse, en sus costumbres y tradiciones, sus actos y proyectos; inclusive lo anacrónico o lo desordenado, lo inmoral o lo equivocado. Todo se justifica desde que todo se explica.

La autoafirmación del colonizado, nacida de una protesta, continúa definiéndose con relación a ella. *En plena rebelión, el colonizado sigue pensando, sintiendo y viviendo en contra de (y en consecuencia con relación a) la colonización y el colonizador*.

3. El colonizado presente todo eso, lo revela en su conducta, lo confiesa a veces. Al darse cuenta de que sus actitudes son esencialmente reactivas, comienzan a afectarlo la mayor parte de las inquietudes de la mala fe.

Inseguro de sí mismo, se confía a la ebriedad del furor y de la violencia. Inseguro de la necesidad de ese regreso al pasado, lo reafirma agresivamente. Inseguro de poder convencer de ello a los demás, los provoca. Provocativo y susceptible al mismo tiempo, de ahora en adelante hace alarde de sus diferencias, rehúsa dejarse olvidar como diferente

y se indigna cuando se alude a ello. Sistemáticamente desconfiado, supone en su interlocutor intenciones hostiles, considerándolas ocultas si no están expresadas y reacciona en función de ellas. Exige de sus mejores amigos una aprobación sin límites, inclusive que se apruebe aquello de lo que él mismo duda y lo que condena. Frustrado por la historia durante tan largo tiempo, reclama ahora tanto más imperiosamente cuanto que permanece siempre inquieto. No sabe ya qué se debe a sí mismo y qué puede pedir, qué le deben los demás verdaderamente y qué debe pagar en cambio; en fin, la medida exacta de todo comercio humano. Complica y estropea a priori sus relaciones humanas a las que ya la historia ha tornado tan difíciles. "¡Ah!, ¡están enfermos! —escribía otro autor negro—, ¡están todos enfermos!"

La dislocación interior

Tal el drama del hombre producto y víctima de la colonización: no alcanza casi nunca a coincidir consigo mismo. La pintura colonizada, por ejemplo, se balancea entre dos polos: de una sumisión a Europa, indante con la impersonalidad por sus excesos, pasa a un regreso a los orígenes tan violento que resulta nocivo y estéticamente ilusorio. De hecho, no encuentra la adecuación, y la puesta en cuestión de sí mismo continúa. Tanto durante como antes de la rebelión, el colonizado no deja de tener en cuenta al colonizador, como modelo o antítesis. Continúa debatiéndose contra él. Es-taba desgarrado entre lo que era y lo que hubiera querido ser, y lo vemos ahora desgarrado entre lo que hubiera querido ser y aquello en que se convierte. Pero persiste su dolorosa dislocación interna.

Para ver la curación completa del colonizado es necesario que cese totalmente su alienación: es preciso esperar la desaparición completa de la colonización, es decir, incluido el período de la rebelión.

Conclusión

No ignoro que el lector espera ahora soluciones: tras el diagnóstico, exige la medicación. En realidad no era éso mi propósito inicial y este libro debía detenerse aquí. No lo había concebido como obra de combate ni siquiera como una búsqueda de soluciones: nació de una reflexión acerca de un fracaso aceptado.

Para muchos de nosotros, que rechazamos el rostro de Europa en las colonias, no se trataba en absoluto de rechazar a Europa por completo. Deseábamos solamente que recordara nuestros derechos, del mismo modo que estábamos dispuestos a aceptar nuestros deberes, del mismo modo que, en la mayoría de los casos, ya lo habíamos hecho. Deseábamos, en resumen, una simple *reparación* de nuestra situación y de nuestras relaciones con Europa. Con dolorosa sorpresa hemos descubierto y comprobado lentamente que tal esperanza era ilusoria. He querido entender y explicar por qué. Mi designio inicial no era sino reproducir, *completa y realmente*, los retratos de los dos protagonistas del drama colonial y de la relación que los unía.

Nunca se había mostrado, me parece, la *coherencia* y la *génesis* de cada rol, la génesis del uno por el otro y la coherencia de la *relación colonial*, la génesis de la relación colonial a partir de la *situación colonial*.

Luego, ya en camino, se me aparecieron simultáneamente la *necesidad* de esta relación, la necesidad de sus desarrollos, los rostros necesarios que imprimía al colonizador y al colonizado. En resumen, la lectura completa y atenta de esos dos retratos y de esta situación me ha obligado a esta conclusión: *Ese acomodamiento, esa reparación, no podían*

producirse porque eran imposibles. La colonización contemporánea llevaba en sí misma su propia contradicción, la que tarde o temprano debía producir su muerte.

Entiéndaseme bien: no se trata en absoluto de un *augurio* sino de una *comprobación*. La confusión entre esos dos conceptos me parece demasiado frecuente hoy, y de las más perniciosas. Sin embargo, separa radicalmente todo pensamiento serio y objetivo de las proyecciones sentimentales o de las engañosas demagógicas a las que se libran demasiado habitualmente los políticos sin darse demasiada cuenta (sea esto dicho en su descargo). Seguramente no existe el fatalismo en política: a menudo una situación puede rectificarse. Pero precisamente en la medida en que el augurio no sobrepase las exigencias de la comprobación objetiva. Ahora bien: lo que aparece al finalizar este itinerario —si estos dos retratos son conformes a la verdad de sus modelos— es que es imposible que la situación colonial perdure, porque es imposible repararla.

Sucede simplemente que toda revelación es, en definitiva, eficaz; que toda verdad es, en definitiva, tñil y positiva; aunque sólo fuera porque suprime ilusiones. Lo que se hace evidente aquí, cuando se piensa en los esfuerzos desesperados de Europa para salvar la colonización, tan costosos para ella como para los colonizados.

¿Puedo agregar que, una vez hecha esta revelación, y admitida la crueldad de la verdad, las relaciones entre Europa y sus antiguas colonias deben reconsiderarse? ¿Que una vez abandonados los marcos coloniales, es importante para todos nosotros que descubramos una manera nueva de vivir esas relaciones? Me encuentro entre aquéllos para quienes reencontrar un orden nuevo con Europa es volver a poner orden en sí mismos.

Una vez dicho esto, sigo descando que el lector distinga ese *balance* humano de la colonización de las *lecciones* que me parece posible extraer del mismo. Sé que tendría que

reclamar a menudo que se me levara antes de *retirarme*. Pero deseo un esfuerzo suplementario: que el que se oponga a priori a las enseñanzas de esta investigación no se niegue a esta precaución metodológica pero saludable. Verá luego si cabe admitir la necesidad de las siguientes conclusiones:

1. Aparece, en definitiva, que el colonizador es una enfermedad del europeo, de la cual debe curárselo *completamente* y preservarlo. Y ciertamente existe un drama del colonizador que sería absurdo e injusto subestimar. Pues su curación supone una terapéutica difícil y dolorosa, una extirpación y refundición de sus condiciones actuales de existencia. Pero se ha visto lo suficiente que el drama existe igualmente, aún más grave, si la colonización continúa.

La colonización no podía sino desfigurarse al colonizador. Lo ubicaba frente a una alternativa cuyas dos salidas eran igualmente desastrosas: entre la injusticia cotidiana aceptada para su beneficio y su autosacrificio necesario y nunca consumado. Tal es la situación del colonizador, que si la acepta se pudre en ella, y si la rechaza, se niega a sí mismo.

El papel del colonizador de izquierda es insostenible por un largo tiempo, es imposible de vivir. No puede sino ser de mala conciencia y de desgarramiento, y finalmente de mala fe, si se perpetúa. Siempre al borde de la tentación y de la vergüenza, y en definitiva culpable. El análisis de la situación colonial por el colonialista, y su conducta derivada del mismo, son más coherentes y quizá más lúcidos: *pues precisamente él ha actuado siempre como si fuera imposible una reparación de la situación.* Al comprender que toda concesión lo amenazaba, confirmaba y defende absolutamente el hecho colonial. Pero, ¿qué privilegios, qué ventajas materiales merecen que se pierda el alma por ellos? En resumen: si bien la aventura colonial es gravemente perjudicial para el colonizado, no puede sino resultar seriamente deficitaria para el colonizador.

Por supuesto que no se han dejado de imaginar transfor-

naciones en el interior del sistema colonial que conservarían para el colonizador las ventajas adquiridas, preservándolo de sus desastrosas consecuencias. Se olvida solamente que la naturaleza de la relación colonial se deriva inmediatamente de esas ventajas. Dicho de otro modo: o la situación colonial subsiste y sus efectos continúan, o desaparece, y con ella, el colonizador y la relación colonial. Así sucede al menos con dos propuestas, una radical en el mal, la otra radical en el bien (o tenida por tal): la extirpación del colonizado o su asimilación.

No hace tanto tiempo que Europa abandonó la idea de la posibilidad de la extirpación total de un grupo colonizado. Una humorada, dicha medio en serio y medio en broma, afirmaba respecto de Argelia: "Existen sólo nueve argelinos por cada francés... bastaría con dar a cada francés un fusil y nueve balas." Se evoca también el ejemplo norteamericano. Y realmente, la famosa epopeya nacional del Lejano Oeste se parece mucho a una masacre sistemática. Pero del mismo modo, ya no existe un problema indio en los Estados Unidos. La extirpación no salva en absoluto a la colonización sino más bien todo lo contrario. La colonización es, en primer lugar, una explotación económico-política. Si se suprime al colonizado, la colonia se tornará un país cualquiera, lo escucho a menudo, pero ¿quién habrá de explotarlo? *Junto con el colonizado, desaparecería la colonización, colonizador incluido.*

En cuanto al fracaso de la asimilación, no me regocija particularmente. Tanto más cuanto que esta solución tiene un aroma universalista y socialista que la torna respetable a priori. No digo siquiera que sea imposible en sí misma, por definición; a veces ha tenido éxito históricamente, así como ha fracasado a menudo. Pero está claro que nadie la ha deseado expresamente en la colonización contemporánea, ni siquiera los comunistas. Ya me he exployado bastante al respecto. Pero además, he aquí lo esencial: *también*

la asimilación es lo contrario de la colonización; ello dando que tiende a confundir colonizadores y colonizados, y en consecuencia a suprimir los privilegios, en consecuencia la relación colonial.

Dejo de lado las pseudosoluciones menores. Por ejemplo, la de quedarse en la colonia convertida en independiente, luego como extranjeros, pero con derechos especiales. ¿Quién puede dejar de ver, además de la incoherencia jurídica de construcciones semejantes, que todo eso está destinado a ser carcomido por la historia? No se ve tampoco en absoluto por qué el recuerdo de injustos privilegios, bastaría para garantizar su perennidad.

Finalmente, parece que dentro del marco de la colonización no hay salvación para el colonizador.

Razón de más, se dirá, para que se aferre, para que rechace todo cambio: puede, en efecto, aceptarse como monstro, aceptar su alienación por sus propios intereses. Pero no es ni siquiera así. Si se niega a dejar su lucrativa enfermedad, será constreñido a ello tarde o temprano por la historia. Porque, no lo olvidemos, existe otra cara del dístico: un día será constreñido a ello por el colonizado.

2. Llega necesariamente un día en que el colonizado levanta la cabeza y sacude el equilibrio siempre inestable de la colonización.

Porque, igualmente para el colonizado, no existe otra salida que el fin total de la colonización. Y el rechazo del colonizado no puede sino ser absoluto, es decir, no sólo rebelión, sino superación de la rebelión, es decir, revolución.

Rebelión: la simple existencia del colonizador crea la opresión y sólo la liquidación total de la colonización permite la liberación del colonizado. Se ha esperado demasiado de las reformas últimamente, por ejemplo, del burguésismo. Me parece que hay en esto un equívoco. El burguésismo, si significa proceder por etapas, nunca significó contentarse con una sola etapa, cualquiera fuere. Los jefes negros ha-

blan actualmente de Unión Francesa. Ello no es sino una etapa en el camino de la independencia completa, por lo demás inevitable. Si Burguiba creyera en ese burguibismo que se le adjudica, o si los jefes de Africa del Norte creyeran en una Unión Francesa definitiva, el proceso de liquidación de la colonización los dejaría por el camino. Ya los menores de treinta años no comprenden la relativa moderación de sus mayores.

Revolución: Se ha destacado que la colonización materialmente mataba al colonizado. Es preciso agregar que lo mata espiritualmente también. La colonización falsa las relaciones humanas, destruye o esclerotiza las instituciones y corrompe a los hombres, colonizadores y colonizados. El colonizado necesita suprimir la colonización para vivir. Pero para convertirse en hombre, necesita suprimir al colonizado que ha llegado a ser. Si el europeo debe aniquilar en sí al colonizador, el colonizado debe superar al colonizado.

La liquidación de la colonización no es sino un preludio a su liberación completa: a su autorreconquista. Para liberarse de la colonización le fue preciso partir de su misma opresión, de las carencias de su grupo. Para que su liberación sea completa, es necesario que se libere de esas condiciones, ciertamente inevitables en su lucha. Nacionalista, porque debía luchar por la emergencia y la dignidad de su nación, será preciso que se conquiste libre frente a frente con esta nación. Por supuesto que podrá confirmarse como nacionalista. Pero es indispensable que sea libre de elegirlo y no que exista sólo por su nación. Será preciso que se conquiste libre frente a frente con la religión de su grupo, a la que podrá conservar o rechazar, pero debe cesar de existir sólo por ella. Del mismo modo con respecto al pasado, lo étnico, etcétera... En resumen: debe cesar de definirse por las categorías colonizadoras. Del mismo modo respecto de lo que lo caracteriza negativamente. La famosa y absurda oposición Oriente-Occidente, por ejemplo; esta antítesis consolidada por el

colonizador que instauraba así una barrera definitiva entre el colonizado y él. ¿Qué significa entonces el regreso al Oriente? Si bien la opresión tomó el rostro de Inglaterra o de Francia, las adquisiciones culturales y tecnológicas pertenecen a todos los pueblos. La ciencia no es ni occidental ni oriental, no más de lo que no es burguesa ni proletaria. No hay sino dos formas de verter el hormigón: la correcta y la incorrecta.

¿En qué habrá de convertirse entonces? ¿Qué es en realidad el colonizado?

No creo ni en la esencia metafísica ni en la esencia carcerológica. Actualmente puede describirse al colonizado; he intentado mostrar que sufre, juzga y se conduce de cierta manera. Si deja de ser este ser de opresión y de carencias externas e internas, dejará de ser un colonizado, devendrá otro. Existen evidentemente permanencias geográficas y de tradiciones. Pero entonces quizá habrá menos diferencias entre un argelino y un marsellés que entre un argelino y un libanés.

Una vez reconquistadas todas sus dimensiones, el colonizado habrá llegado a ser un hombre como los demás. Con toda la suerte y la desgracia de los hombres seguramente, pero, por fin, será un hombre libre.

Túnez-París, 1955-1956.

